

Acto primero.

Arboleda frondosa en la finca señorial llamada la Pardina. Al fondo, una extensa alameda, que es el principal ingreso de la posesion; á la derecha el pórtico de la casa, de antiquísima, venerable y noble arquitectura, con los escusones de Lain y de Potestad; á la izquierda, un seto de ciprés recortado, con puertecilla rústica, tras el cual hay una huerta. - Borbulentos árboles de robustos troncos dan sombra á toda la escena, extendiendo sobre ella un toldo de espeso ramaje. - Junto al pórtico, mesa circular de piedra, y sillas ó bancos rústicos. Es de dia. Verano.

Escena primera

Gregoria, recogiendo en una cesta diversas hortalizas, que forman monton sobre la mesa
Venancio que entra por el fondo.

Gregoria (alegrándose de verle)
Ah, Venancio.... Ya estas aqui.

Venancio (Sofocado, limpiándose el sudor de la cabeza)

Brrr...! ¡Que calor!

Gregoria
Descansa. (curiosa)? ¿Y que has averiguado al fin?

¿Es cierto lo que han dicho? ¿Vendremos en Jerusa á la señora Condesa?

Venancio (displícite)

Si. ¿Has visto tu alguna vez que falle una mala noticia?

GREGORIA, suspensa.

¿Y cuándo llega la ~~señora Condesa~~?

VENANCIO

Hoy... Pero no te apures: se alojará en casa del señor Alcalde.

GREGORIA

Menos mal. (~~Volviendo á desgranar.~~) Pues otra... Si llega también el señor Conde, se juntarán aquí el agua y el fuego.

VENANCIO

Se pelearán, hoy como ayer... Suegro y nuera rabian de verse juntos. ~~Si no que laran de uno y otro más que los rabos, ¡qué alegría!~~... Por supuesto, al señor Conde habremos de alojarle.

GREGORIA

¿Qué duda tiene? No faltaba más... Yo digo: ¿vienen y se topan aquí por casualidad... ó es que se dan cita para tratar de asuntos de la casa?... porque de resultas de la muerte del Condesito habrá enredos...

VENANCIO

¿Yo que sé? La Condesa Lucrecia vendrá, como siempre, á dar un vistazo á sus hijas.

GREGORIA

~~Y á pagarnos la anualidad vencida por el cuidado, manutención y servicio de las dos señoritas que puso á nuestro cargo... ¡Ah, ruin pécora...! Las tiene en este destierro para poder zancajear y divertirse sola por esos Parises y esas Ingalaterras de Dios... ó del diablo... ¡Tunanta! Lo que yo te digo, Venancio: comprendo que su suegro, el señor Conde de Albrit, que es el primer caballero de España, ¡y que lo digan! le tenga tan mala voluntad á esa condenada extranjera, de quien se enamoró como un tontaina su hijo (que esté en gloria)... Lo que no me cabe en la cabeza es que parezca por aquí, si sabe que ha de hocicar con ella... O será que lo ignora... ¿Qué piensas, hombre?~~

VENANCIO, revolviendo en la cesta de hortalizas.

Pronto hemos de ver si vienen á posta los dos, ó si la casualidad les hace empalmar en Jerusa... ¡Y que no traerán ella y él las uñas bien afiladas!... Créetelo... hemos de ver por tierra mechones de barbas blancas ó de pelos rubios, y tiras de pellejo... porque si el Conde D. Rodrigo quiere á su hija política como á un dolor de muelas, ella en la misma moneda le paga.

GREGORIA

Yo digo lo que tú: el pobre D. Rodrigo viene á que le demos de comer.

VENANCIO

Así lo pensé cuando supe su viaje.

GREGORIA

Es cosa averiguada que no ha traído de América el polvo amarillo que fué á buscar.

VENANCIO

Ha traído el día y la noche. Cuando embarcó para allá, había desperdigado toda su fortuna... Esperaba recoger otra, que le ofreció el Gobierno del Perú por las minas de oro que allá tuvo su abuelo, el que fué Virrey... Pero no le dieron más que sofoquinas, y ha vuelto pobre como las ratas, enfermo y casi ciego, sin más cargamento que el de los años, que ya pasan de los setenta... Luego, se le muere el hijo, en quien adoraba...

GREGORIA

¡Infeliz señor!... Venancio, tenemos que ampararle.

VENANCIO

Sí, sí, no salgan diciendo que no es uno cristiano. ¡Quién lo había de pensar!... ¡Nosotros, Gregoria, dando de comer al Conde de Albrit, el grande, el poderoso, con una cáfila de reyes y príncipes en su parentela, el que no hace veinte años todavía era dueño de los términos de Lain, Jerusa y Polan!... Díganme luego que no da vueltas el mundo...

acentuando con un manojo de judías.

filosofando con un tomate que coge de la cesta.

GREGORIA, acentuando con un manojo de judías.

¿Oyes lo que te digo? Que tenemos que ampararle. Es nuestro deber.

VENANCIO, filosofando con un tomate que coge de la cesta.

¡Qué caídas y tropezones, Gregoria; qué caer los de arriba, y qué empinarse los de abajo!... Claro, le ampararemos, le socorreremos. Ha sido nuestro señor, nuestro amo; en su casa hemos comido, hemos trabajado... Con las migajas de su mesa hemos ido amasando nuestro pasar. (Levántase con aire de protección.) Pues, si: hay aquí cristianismo, delicadeza... (Coge otro tomate y admira su belleza y tamaño.) Estos son tomates, Gregoria... Que venga el Cura refregándonos los suyos por las narices... Pues, sí, mujer: me da lástima del buen D. Rodrigo.

Gregoria

También á mi me aflige ver tan caidito al Señor Conde. Parece castigo... y si no castigo, enseñanza.

VENANCIO

Castigo, has dicho bien. Todo ello por no ser económico, y no pensar más que en darse la gran vida, sin mirar al día de mañana. Ahí tienes el caso, Gregoria, y pónselo delante á los que le critican á uno por la economía. En fiestas y viajes, en caballos y trenes, en convitazos y otras mil vanidades, se le escurrieron al señor los bienes de la casa de Albrit, y parté de los de Lain, que eran de su madre. La casa venía empeñada de atrás, pues dicen las historias que ningún Conde de Albrit supo arreglarse. Mira por dónde las culpas de todos las paga

este desdichado. Ya ves, después que le dejan en cueros los acreedores, le falla el negocio de América; luego le quita Dios el hijo, y se encuentra mi hombre al fin de la vida, miserable, enfermo, sin ningún cariño... Es triste, ¿verdad?

GREGORIA

Ahora caigo en que viene á ver á sus nietas: si, Venancio, anda en busca de un querer que dé consuelo á su alma solitaria...

el Señor Conde

Venancio

No nos devanemos los sesos por averiguar qué vientos traen para acá al desdichado de Albrit. Sabes tú quién nos va á sacar de ran sus huesos.

Gregoria (activando su tarea)

No te desciides, Gregoria, que venga por lo que venga, tienes que prepararle una buena mesa... Ya es un respiro que la estrangera no se nos meta en casa. (asaltada de una idea) ¡Ay, Venancio de mi alma, lo que se me ocurre! ¡No haber caído en ello ni tu ni yo! Apostamos á que D.^a Lucrecia viene á llevarse á las niñas?

Venancio (absorto)

Puede que aciertes... Ya son grandecitas mujercitas ya. Pues mira, nos fastidia.

Gregoria

¡Hijo de mi alma, cuando nos caerá otra breva como esta!

Venancio (paseandose meditabundo)

No es mucho lo que nos da cada trimestre por cuidarlas y mantenerlas; pero algo es algo; rentita puntual, saneada.... No, no; verás como no se las lleva....

Gregoria

¡Fue diantre! Venga pronto la verdad, y síguenos Dios de este mar de dudas y confusiones? Pues

Venancio

Sabes tu quien nos sacará pronto? Pues Senén.

Gregoria

¿El de la boscoja?

Venancio.

Ayer llegó a Jerusa.

Gregoria

Es verdad. Si: dijéronme las niñas que le habían visto, y que está hecho un caballero.

VENANCIO

Empleado público, funcionario, como quien dice, nada menos que en las oficinas de Hacienda de Durante (1). Fué criado de la Condesa, que en premio de sus buenos servicios le ha dado credenciales, ascensos; en fin, que de un gznápiro ha hecho un hombre.

GREGORIA

Le protege, según dicen, porque le servía de correveidile y de tapa-enredos en sus...

VENANCIO

Chist... Cuidado... puede llegar... Le espero. Ha quedado en traerme noticias.

GREGORIA, bajando la voz.

De tapadera en sus trapisondas amorosas... Ello es que siempre que nos visita la señora, recalca Senén, y no la deja vivir con su pordioseo impertinente: que si la recomendación; que si la tarjeta al Jefe; que si la carta al Ministro, ó al demonio coronado... Y como la tal Condesa es persona de grandes influencias, y trae á los personajes de allá cogidos por el morro...

VENANCIO

Senén es listo, se cuela por el ojo de una aguja. Pues me ha contado que doña Lucrecia salió de Madrid el 12, y que de aquí irá á visitar á los señores de Benetve en sus posesiones de Verola. Todo lo sabe el indino. El es quien ha dicho al Alcalde que la señora llega hoy, y... ¡Ah, pues se me olvidaba lo mejor! Le harán un gran recibimiento, por los grandes beneficios y mejoras que Jerusa le debe.

GREGORIA

¡Festejos! Y aquí no sabíamos nada!... Y de esta visita del Conde, ¿tenía Senén conocimiento?

¡Pues no! Como que se le han respingado las narices de tanto olfatear, de tanto meterlas en todos los secreticos de la casa en que sirvió antes de andar en oficinas. Se cartea con marmtones y cocheros de la casa de Lain, y allí no vuela una mosca sin que él lo sepa.

Gregoria (vivamente)

Paréceme que oigo su voz.

Venancio

El és, si... (mirando hacia el fondo) Por allí va.... charlando con José María... ¡ Fue pachorra! ¡ quedo' en venir a' contarme.....

Gregoria

Llámale, hombre. (Ambos se dirigen al fondo)

Venancio (llamando)

Senén, maldito Senén.

Gregoria (impaciente)

No hace caso.... ¡ Vaya un posma! Tráele, por Dios.... (Alejan Venancio. Gregoria permanece en el fondo, des espaldas al público. Aparecen por la izquierda Nell y Dolly, viniendo de la puerta. No quieren ser vistas de Gregoria y Venancio. Andando las dos de puntillas, Dolly va delante como explorando el terreno.

Escena segunda.

Nell y Dolly. en el foro Gregoria y Venancio

Nell

¿Ciudadito, Dolly... si nos ven....

Dolly

Nos obligarán a entrar en casa.

Nell (en voz baja)

Di... no podríamos salir al bosque por el patio de la casa?

Dolly

Mejor iremos por la alameda.

Nell.

Pero estos brutos nos cortan el paso.

Dolly

Aguarda... un momento

Nell (mirando a Gregoria)

Si se fueran....

Dolly (que ha avanzado explorando, y asustada retrocede)

¡Que vienen!

Nell

¡Atrás! (con suma ligereza vuelve a la Puerta)

Dolly

Por aquí.... Vámonos al vivero.....

Nell.

Si, lejos, lejos (Huyan por la izquierda)

Escena tercera

Gregoria Venancio, Seren.

Venancio. (que le trae cogido del brazo)

¡Furante, te me escapabas!

Gregoria

¡Si este, cuando pega la hebra.....!

Senen

Entretívome mi primo. contándome las
perreñas de su suegra. (saludando a Gregoria); Hola,
Gregoria, usted siempre tan famosa!

Gregoria

¡Tu que guapo!... ¡Qué bien hueles, con-
denado! Estás hecho un príncipe.

Senen

Hay que pintarla un poquito. Es uno escla-
vo de la posición.

Venancio (impaciente)

Vengan pronto esas noticias

SENEN

La Condesa llegará á Lain en el tren de las
doce y cinco. He tenido un parte. (Mostrándolo.)
Se lo he llevado al Alcalde, que no estaba se-
guro de la hora de llegada.

GREGORIA

Y D. José irá á esperarla en su coche.

VENANCIO

Claro.

SENEN, sentándose con indolencia. (Se cuida mucho de
emplear un lenguaje muy fino.)

Y el Municipio ¡oh! le prepara un gran re-
cibimiento, una ovación entusiasta.

GREGORIA

¡A tu ama!

SENEN

A la que fué mi ama. ¡Estaría bueno que no
se hicieran los honores debidos á la ilustre se-
ñora, por cuya influencia ha obtenido Jerusa la
estación telegráfica, la carretera de Forbes,
amén de las dos condonaciones!

GREGORIA

~~Queda que~~ si hay festejos, ~~tenemos~~ aquí á
Doña Lucrecia más tiempo del que acostumbra.

SENEN

Creo que no; está invitada á pasar unos días
en Verola con los señores de Donestevé.

VENANCIO

¿Y del Conde qué me dices?

SENEN

Que Su Excelencia debió llegar á Lain ano-
che, ó esta mañana en el primer tren. De modo
que no me explico... digo que no me explico,
mi querido Venancio, que no le tengas ya en
tu casa.

Pues

17

tenemos

GREGORIA

De fijo habrá ido á Po'an á visitar el sepulcro de su esposa, la Condesa Adelaida.

VENANCIO

Bueno, Senén. Tú que todo lo sabes... naturalmente, has vivido en la intimidad de la familia, conoces sus costumbres, la manera de pensar de cada uno, sus discordias y zaragatas, dinos... ¿D. Rodrigo y su nuera se encontrarán aquí por casualidad, ó es que...?

SENÉN, seguro, dándose importancia.

No: se han dado cita en Jerusa.

GREGORIA

¿Cómo es eso? ¿Y para qué se citan los que se aborrecen? ¿Que hacen?

SENÉN

Lo contrario de lo que hacen los que se aman. Los amantes se acarician; éstos se muerden.

VENANCIO

Vamos, es al modo de un desafío... Dicen: «en tal parte, á tal hora, nos juntamos para rompernos el bautismo.»

GREGORIA

Será que el señor Conde, que no ha visto á su nuera desde que él embarcó para el Perú, querrá ajustar con ella alguna cuenta...

VENANCIO

De interés, ó de cosas tocantes al honor de la familia, pues para nadie es un secreto... no te enfades, Senenillo... que tu protectora la señora Condesa... En fin, no está bien que yo repita...

SENÉN

Si, que el repetir es cosa fea. ~~¿Qué les importa á ustedes, ni qué me importa á mi, que el señor Conde de Albrit y su nuera la Condesa viuda de Lain se peleen, se arañen y se tiren de los pelos por un pedacito así de honra, ó por un pedazo grande...? pongamos que es un pedazo de honra tan grande como esta casa.~~

VENANCIO

Tiene razón Senén. *Hai*ga virtud ó no la *hai*ga, nada nos dan ni nada nos quitan.

SENÉN

Yo no sé sino que el viejo Albrit, que hasta ahora, desde la muerte de su hijo, no se ha movido de Valencia, escribió á la Condesa...

VENANCIO, riendo.

Pidiéndole dinero.

SENÉN

Hombre, no: le proponía una entrevista para tratar de asuntos graves...

GREGORIA

De asuntos de familia. Y como la Condesa no quiere altercados en Madrid, porque allí puede haber escándalo, y se entera todo el mundo, y hasta lo sacan los papeles, le ha citado en este rincón de Jerusa, donde sólo vivimos cuatro papanatas, y si hay zipizape aquí se queda, y la ropa sucia en casita se lava. ¿Qué tal, señor cortesano, entiendo yo á mi gente?

VENANCIO

Dí que no es lista mi mujer.

SENEN, risueño y galante.

Sabe griego y latin. ¡Vaya un talento!

GREGORIA

Vamos á ver, hijo, ¿por qué no nos cuentas el por qué y el cómo de que tan mal se quieran la Condesa viuda y el abuelo? Tú lo sabes todo.

VENANCIO

Vaya si lo sabe; pero no muerde el gosque á quien le da de comer.

(Senen paladea la cerveza, dándose aires de madrileño, y calla.)

GREGORIA

Ya lo ves: callado como un besugo. Dinos otra cosa. Será cuento todo eso que se dice de tu señora... Es cuento, ¿verdad?

SENEN, enfático.

Me permitiréis, queridos amigos, que no hable mal de mi bienhechora. Os diré tan sólo que es un corazón tierno, y una voluntad generosa y franca hasta dejárselo de sobra. No le pidáis gazmoñerías, eso no. Es mujer de muchísimo desahogo... Compadece á los desgraciados y consuela á los afligidos. Y como persona de instrucción, no hay otra: habla cuatro lenguas, y en todas ellas sabe decir cosas que encantan y enamoran.

VENANCIO

Todas esas lenguas, y más que supiera, no bastan para contar los horrores que acerca de ella corren en castellano neto.

SENEN, endilgando sabidurías que aprendió en los cafés.

¡Horrores!... No hagáis caso. La honradez y la no honradez, señores míos, son cosas tan elásticas, que cada país y cada civilización... cada civilización, digo, las aprecia de distinto modo. Pretendéis que la moralidad sea la misma en los pueblos patriarcales, digamos primitivos, como esta pobre Jerusa, y en los *grandes centros*... ¿Habéis vivido vosotros en los *grandes centros*?

VENANCIO

Ni falta.

SENEN

Pues en los *grandes centros* veriais otro mundo, otras ideas, otra moralidad. La Condesa Lucrecia no es una mujer; es una dama, una gran señora. ¿Que? ¿Que le gusta divertirse? Ciertamente sí; se divierte por la noche, por la mañana y por la tarde... No, no me saquéis el Cristo de la moralidad. Yo os digo, y lo pruebo, que es cosa esencial en las sociedades que las damas se diviertan, porque del divertirse damas y galanes viene el lujo, que es cosa muy buena... (Riendo del asombro de sus interlocutores.) Ya... papanatas; creéis que es malo el lujo... Vivís en Babia. Pues os digo, y lo pruebo, que el lujo es lo que sostiene la industria... la industria de los *grandes centros*, por la cual y con la cual, lo pruebo, come todo el mundo. *Resumiendo*: que si hubiera moralidad, tal y como vosotros la entendéis, la gente no se divertiría, y sin diversiones, no tendríamos lujo, y *por ende*, no habría industrias: la mitad de los que hoy comen se morirían de hambre, y la otra mitad mascarían tronchos de berzas.

~~VENANCIO~~ Gregoria

Vaya que eres parlanchin, y entiendes la aguja de marear.

GREGORIA, imitando. sin saberlo, á las brujas de Macbeth.

¡Senén, tú serás ministro!

SENÉN

¿Ministro yo? No, no: mi ambición, como nacida del lodo, no quiere viento, sino barro, barro substancioso que amasar. *Mis tendencias son á lo positivo; tiendo á ganar dinero, mucho dinero. No me conformo con un sueldo más ó menos cuantioso; ambiciono más, ambiciono el trabajo libre...*

GREGORIA

Manos libres, quieres decir.

VENANCIO. (Da un cigarro á Senén, y fuman los dos.)

GREGORIA

Por un camino ó por otro, has de ser rico.

VENANCIO

A trabajar, se ha dicho. En la corte hay mil

Venancio, levantándose

Ea, no nos descuidemos, Gregoria; que si viene el Sr. Conde, hemos de pensar en arreglarle su alojamiento....

SENÉN, desdeñoso. x

Mal fin ha tenido el prócer. Vaya usted preparando, ~~Gregoria~~, las buenas calderadas de patatas, las sopitas de leche, para que se acostumbre á la frugalidad, y olvide sus hábitos gastronómicos.

x a Gregoria

GREGORIA

No, no: lo que es hoy, al menos, si viene, tengo que prepararle una buena comida.

VENANCIO

Como se entretenga en Polan y no coja el coche que ha salido de allí á las diez, no vendrá hasta mañana.

SENÉN

Me inclino á creer que le veremos venir en carreta, porque el buen señor padece tal tronitis, que no tendrá para el coche.

GREGORIA

No exageres... Esos nobles arrumbados siempre guardan algo para sus últimas, y también te digo que suelen encontrar algún tonto que les alimente los vicios.

SENÉN

Albrit no tiene más vicios que la rabia de verse pobre, y el orgullo de casta, que se le ha recrudecido con la pobreza.

GREGORIA, intranquila.

Dime, Senén, ~~y al señor Conde~~ no le dará la ventolera de quitarnos á las niñas?

a la tiora D. Lucrecia

Senén

No temais perder esa ganga. La Condesa prefiere vivir libre y sola. La presencia de sus hijas en sociedad, junto a ella, la envejece. Su ~~ambición~~ idea constante es ser joven, ... ó parecerlo.

Venancio, ~~incomodándose~~

Su... ¿que has dicho? ¡Vaya unas palabras finas que te traes!

GREGORIA, incomodándose.

Pero ya son crecitas, jinojo... Algún día tiene que presentarlas en la corte, casarlas...

SENÉN

¿Casarlas? Dificilillo es... y lo pruebo.

GREGORIA

¿Cómo no, si son tan monas?

SENÉN

Les concedo el buen palmito. Pero cualquiera carga con ellas, educadas en la noñería, con hábitos y maneras de pueblo, y, por añadidura, pobres... porque la Condesa está dando aire a la fortuna... y cuando tienen que liquidar no...

Gregoria, incomodándose

La madre será lo que quieran: una feróstica, una púa extranjera; pero Dorotea y Leonor á ella no salen, digo que no salen... y lo pruebo también.

VENANCIO

Son buenísimas, aunque algo traviesas; almas puras, ángeles de Dios, como dice D. Carmelo.

GREGORIA

Créelo, Senén; las quiero como si fueran mis hijas, y el día que se las lleven me ha de costar algunas lágrimas.

SENÉN, con impertinencia.

¿Y de instrucción, qué tal?

VENANCIO

Poca cosa les enseña D. Pío, el maestro jubilado del pueblo. Sobre que él sabe poco, no tiene carácter, y las chicas le han tomado por monigote para divertirse.

GREGORIA

Todo el día se lo pasan enredando. Ya se ve; no están en su esfera, como dice Angulo, nuestro médico.

VENANCIO, repitiendo una frase del Doctor.

Su institutriz es la Naturaleza, su elegancia la libertad, su salón el bosque. Bailan al compás de la mar con la orquesta del viento.

7
SENÉN, que se levanta, recordando con inquietud algo que había olvidado.

¡Buena la hemos hecho!

VENANCIO

¿Qué te pasa?

SENÉN

Que con tanto charlar se me olvidó el encargo del señor Alcalde.

GREGORIA

¿Para nosotros?

SENÉN

Si... ¡qué cabeza! Pues que inmediatamente le llevéis las niñas, para que la Condesa las vea en cuanto llegue.

VENANCIO

Es natural. Y comerán allí.

SENÉN

¿Están en casa?

Gregoria

~~Al salir~~ No. Salieron después de la lección

Venancio

Estarán en la huerta.

Gregoria

Tampoco..

Venancio (yendo hacia la huerta)

Veamos..

Gregoria

Fue no están, hombre.... en la huerta ~~me~~
me he pasado toda la mañana... De fijo esta-
rán en el bosque, que es su paseo favorito.

Senen

¿Las permitís andar solas por el bosque?

Venancio

Solitas van. Todo el mundo las respeta

GREGORIA

Correteando, y de juego en juego, se habrán ido á media legua de Jerusa.

Venancio

Hay que ir corriendo a buscarlas.

Sever

Si quereis, iré yo... ¿No saben todavía que hoy viene su mamá?

Gregoria

No lo saben... ¡ pobres hijas!

Sever

Pues yo se lo diré... Voy al momento.

Venancio

Las encontrarás, seguro, bosque arriba, en el sendero de Polan.

Gregoria

Vete y tráelas pronto (recoge el canasto de sus hortalizas)

Venancio

Y nosotros a' casa.

Gregoria

Si que es tarde, y tenemos que prepararnos.

Sever

Hasta luego, pues. (vase por el foro)

Venancio (viendole partir)

¡ Vayo un pájaro!

Gregoria

¡ Vaya un peje! (Venancio recoge en otro cesto las hortalizas que quedau encima de la mesa y ambos se dirijen a la casa)

¡ Fue berengenas! ves?

~~¡Y que tomates! Bendiga Dios las huertas de la Pardina.... A casa con todo (entra en la casa)~~

Escena cuarta (dejar aquí mes espúcio)

Nell y Dolly que aparecen en el seto y aguardan la salida de Gregoria y Venancio para entrar en escena.

Nell

Gracias á Dios que nos dejan el campo libre.

Dolly

¿Que hacemos? Nos vamos al bosque.

Nell

Ay no. Yo estoy cansada (se sienta en el suelo)

Dolly

Yo estoy entumecida. Yo quiero correr. (salta y brinca, recorriendo la escena velozmente)

Nell

Bres incansable, Dolly.

Dolly

Por mi gusto, ahora mismo subiria a este roble grandísimo y me posaria en la rama mas alta.

Nell

Te desgarrarias el vestido

Dolly

Me lo coseré... se coser tan bien como fué...

¿A que me subo?

NELL

No está bien. Nos tomarían por chiquillas de pueblo.

DOLLY, que suspendiéndose de una rama, se balancea.

Pues ser chiquilla de pueblo ó parecerlo, ¿crees tú que me importa algo? Dime, Nell, ¿andarías tú descalza?

NELL

Yo no.

DOLLY

Yo sí... Y me reiría de los zapateros. (Viendo que Nell se sienta y saca un librito.) ¿Qué haces?

NELL

Quiero repasar mi lección de Historia. Ya hemos corrido bastante; estudiemos ahora un poquito. Acuérdate, Dolly: ayer, D. Pío te dijo que no sabes jota de Historia antigua ni moderna, y en buenas formas te llamó burra.

DOLLY

Burro él... Yo sé una cosa mejor que él: sé que no sé nada, y D. Pío no sabe que no sabe ni pizca.

NELL

Eso es verdad... Pero debemos estudiar algo, aunque no sea más que por ver la cara que pone el maestrillo cuando le respondemos bien. Es un alma de Dios,

~~Mirarla pone cuando le damos alguna cosa de las que guardamos para copiarla.~~

Anda, ven; estudiemos un poquito. ¿Sabes que es un lío tremendo esto de los Reyes godos?

DOLLY

El demonio cargue con ellos. Son ciento y la madre... y con unos nombres que pican como las zarzas, cuando una quiere metérselos en la memoria.

NELL

Ninguno tan antipático y majadero como este señor de Mauregato.

DOLLY

¡Valiente bruto!

NELL

Nada: que tenían que echarle cien doncellas por año para desenfadarle.

DOLLY

Para desengrasar, como dice D. Carmelo.

NELL

La verdad es que la Historia nos trae acá mil chismes y enredos que no nos importan nada.

DOLLY. (Siéntase junto á su hermana. ~~El perro se cubre~~
~~entre las dos.~~)

Figúrate qué tendremos que ver nosotras con que hubiera un señor que se llamaba Julio César, muy vivo de genio... Ni qué nos va ni nos viene con que le matara otro caballero, cuyo nombre de pila era Bruto... ¿Á mi qué me cuenta usted, señora Historia?

NELL

Pero, hija, la ilustración... ¿Á ti no te gustaría ser ilustrada?

~~Distraída con sus pensamientos, Dolly.~~ La verdad: me carga la ilustración desde que he visto que también se ha hecho ilustrado Senén. ¿Te acuerdas de cuando estuvo aquí hace dos meses, creyendo que venía mamá?

NELL

Sí: á cada instante sacaba la Edad Media, y qué sé yo qué.

DOLLY

¡Qué tendremos nosotras que ver con las edades medias ó partidas!... Y el mejor día nos salen con que á Cleópatra le dolían las muelas.

NELL

Ó que á Doña Urraca le salieron sabañones.

DOLLY

Pero, en fin, nos ilustraremos algo, puesto que mamá, en todas sus cartas, nos manda que aprendamos, que seamos aplicaditas.

NELL

Mamá nos idolatra; pero no nos lleva consigo. (Con tristeza.) ¿Por qué será esto?

DOLLY

Porque, porque... Ya nos lo ha dicho. Como nos criamos tan raquíticas, quiere que engordemos con los aires del campo. Ya sabe mamá lo que hace, *y de fijo y de fijo*

NELL

Mamá es muy buena. Pero que venga al campo con nosotras á robustecerse también.

DOLLY

Tonta, ¿no le oíste decir que se espanta de engordar, y que lo que quiere ahora es enflaquecer?

NELL

Gorda ó flaca, mamá es guapisima.

DOLLY

Si que lo es... Ya nos llevará consigo cuando seamos mayores. Yo no tengo prisa.

NELL, rayando la tierra con su dedito.

Como prisa, yo tampoco.

DOLLY

Me gusta el campo.

NELL

Y la soledad, ¡qué me gusta!

DOLLY

En la soledad piensa una mejor que entre personas.

NELL

¡Y esta libertad...!

DOLLY, poniendo en dos patas al perrito.

Yo te digo una cosa: creo que cuanto más salvajes, más felices somos.

NELL

Eso no: la civilización, Dolly...

DOLLY

Me carga la civilización desde que oigo hablar tanto de ella á nuestro amigo el Alcalde, que se ha hecho rico y personaje fabricando fideos.

DOLLY. (Toma el libro y levántase de un brinco.)

Dame acá. ¿Sabes lo que se me ocurre? Que conviene que se instruyan también los pájaros... Toda la ciencia no ha de ser para nosotras. (Lanzando el libro á los aires con fuerte impulso.)

NELL

¿Qué haces, tonta? (El libro, ~~abierto en el aire y dando al viento sus hojas~~, describe una curva, ~~y se detiene al fin en una rama de encina, como pájaro que se posa.~~)

DOLLY

Ya lo ves. (El perro se entera ~~del trájín inocente de cazar moscas.~~)

NELL

¡Buena la has hecho! ¿Y cómo lo cogemos ahora?

DOLLY

De ninguna manera. Los pájaros se enterarán ahora de lo que hicieron D. Alejandro Magno, el señor de Atila y el moro Muza.

NELL, riendo.

¡Si á los pajaritos todo eso les tiene sin cuidado!

DOLLY

Como á mí.

NELL

¡Vaya un compromiso! ¡Si pasara por ahí un chiquillo que se subiera á cogerlo!

DOLLY

Me subiré yo. (Disponiéndose á encaramarse en la encina.)

NELL, tirándole de la falda.

No, no, que te desnucas.

DOLLY

Espérate; le tiraré piedras á ver si se atonta y cae. (Hace lo que dice.)

NELL

Hay viento... Puede que vuele el libro.

DOLLY

¡Ay, no, que es muy pesado! (Tirando piedras.) A mí, bribón; baja, ven acá... (El perro cree de su obligación ladrar fuertemente al libro para que baje.)

NELL, sintiendo pasos.

Basta, Dolly. Viene gente... ¡Qué vergüenza! Te tomarán por una desarrapada del pueblo.

DOLLY

¿Y qué me importa?

NELL

Que te estés quieta. (Mirando ~~de largo del sendero~~) Aquí viene un señor, un hombre... ~~por el camino que baja de Pólan~~, ¿ves?... Mira. (Aparece por entre los árboles el Conde de Albrit, con lento paso.)

DOLLY

No le veo.

NELL

Mirale... Se ha parado al vernos, y allí le tienes como una estatua. No nos quita los ojos...

(*De trimese el Conde en el foro, y las contempla inmóvil*)

10.

Se le supone encastrado en una de las ramas que el introduce por las ramas de la irquienda)

al foro.

la alameda del foro. x

ESCENA V

NELL y DOLLY.—D. RODRIGO DE ARISTA—POTESTAD, CONDE DE ALBRIT, MARQUÉS, DE LOS BAZTANES, SEÑOR DE JERUSA Y DE POLAN, GRANDE DE ESPAÑA, etc.. Es un hermoso y noble anciano, de luenga barba blanca y corpulenta figura, ligeramente encorvado. Viste buena ropa de viaje, muy usada; calza gruesos zapatones, y se apoya en garrote nudoso. Revela en su empaque la desdichada ruina y acabamiento de una personalidad ilustre.

NELL, observándole medrosa.

Es un pobre viejo... ¿Por qué nos mira así? ¿Nos hará daño?

DOLLY

Parece el Santa Cross de los cuentos ingleses. Pero no trae saco á la espalda.

NELL

¿Sabes que tengo miedo, Dolly?

DOLLY

Yo también. ¿Será un mendigo?

NELL

Si tuviéramos cuartos, se los daríamos... ¡Ay, no se mueve!...

DOLLY

Y ahora, en nosotras clava los ojos...

NELL, palideciendo.

Parece que habla solo... ¡Qué miedo!

DOLLY, trémula

Y no pasa un alma. Si llamamos, nadie nos oirá.

NELL

No nos hará nada, creo yo.

DOLLY

Lo mejor es hablarle.

NELL

Háblale tú... Dile: «Señor mendigo...»

DOLLY

Mendigo no es. Parece más bien una persona decente mal trajeada. (Lánzase el perrillo con fusioses ladrados hacia el Conde.)

NELL

¡Ay, ay, ay!

DOLLY

¡Ay, Nell, yo conozco esa cara!...

NELL

Y yo también. Yo le he visto en alguna parte... ¡Ay, ay! (Se juntan las dos, como para protegerse mutuamente.) Ahora se adelanta... Nos hace señas...

DOLLY

Parece que llora. ¡Pobre señor!...

EL CONDE, con voz grave, avanzando.

Preciosas niñas, no me tengáis miedo. ¿Sois Leonor y Dorotea?

NELL

Sí, señor: así nos llamamos.

EL CONDE, llegándose á ellas.

Pues abrazadme. Soy vuestro abuelo. ¿No me conocéis? ¡Ay! Han pasado algunos años desde que me visteis por última vez. Erais entonces chiquitinas, y tan monas... Me volvíais loco con vuestra gracia, con vuestra donosura angelical... (Las abraza, las besa en la frente.)

Nell

DOLLY
¡Abuelito!

NELL
Yo decia: le conozco.

DOLLY
Por el retrato te conocemos.

EL CONDE
Y yo á vosotras por la voz. No sé qué hay en el timbre de vuestras vocecitas, que me remueve toda el alma. ¿Y cómo es que los dos sonidos me parecen uno solo? Dejadme que os mire bien: ¿serán iguales vuestras caritas como lo son vuestras voces?... No, no puedo veros bien, hijas de mi alma. Estoy casi ciego. Vamos, sigamos hacia Jerusa. ~~(Capitán abre la marcha)~~

NELL
¡Qué sorpresa tan agradable, abuelito! Pues, mira, te tuvimos miedo.

EL CONDE
¿Miedo á mi, que os adoro?

DOLLY
Senén nos dijo anoche que venias; pero no creímos que llegaras tan pronto.

NELL
¿Y cómo no has venido en el coche?

EL CONDE
Me molesta horriblemente el traqueteo de ese armatoste... y el venir prensado entre personas groseras y estúpidas... No, no... He preferido venirme á pie, sin más compañía que la de este palo, que me ha regalado un pastor de mis tiempos, á quien encontré en Polan. ¡Figuraos si será viejo el hombre! Era yo un niño, y él un mocetón como un castillo que me llevaba á la pela por estos montes...

NELL
¿Pero vienes de Polan?

EL CONDE
Allí pasé la noche, en la cabaña de Martín Paz... Luego me he venido pasito á paso por el filo del cantil, recordando mis tiempos. ¡Ah! Todos los caminos y veredas de este país me conocen; conócenme las breñas, las rocas, los árboles... Hasta los pájaros creo que son los mismos de mi niñez... Esta hermosa Naturaleza fué mi nodriza. No podréis comprender, niñas inocentes que empezáis á vivir, cuán grato, y cuán triste al mismo tiempo, es para mi recorrer estos sitios, ^{me cuanta} ~~en sus~~ padezco y gozo haciendo revivir á mi paso cosas y personas! Todo lo que me rodea paréceme á mi que me ve y me reconoce... y que desde el mar grande al insecto casi invisible, todo cuanto aquí vive, se queda en suspenso... no sé cómo decirlo... se para y mira... para ver pasar al desdichado Conde de Albrit. (Las dos niñas suspiran.)

DOLLY
Apóyate en mi brazo, abuelito. (cada una le coge de un brazo)

Nell

Tentremos en casa

Conde (con profunda emoción)

Ah... ya estoy en la Pardina!... ¡Oh, infinita tristeza,

070
ni cuanto

llanto amarguísimo de las cosas! (Pueda extático como
en oración mental)

Escena ^{VI} ~~contada~~ ~~del~~

El Conde, Nell y Dolly. — Senen,
que entra presuroso por el foro.

Senen

El Conde aquí... y con él las niñas! Y yo
buscándolas en el bosque...! Señor Conde de
Albrit, bien venido sea a la tierra de sus
mayores...! Fue hermosa figura hace vue-
cencia en medio de estos dos ángeles...!

El Conde.

¿Quien me habla?

Nell

Es Senen, papá.

Dolly

No te acuerdas?

Senen

Senen borchado, señor, el que fue... no me
averguenzo de decirlo... criado del Sr. Conde
de Lain.

El Conde. (alegre)

Ah... sí, sí, sí... bres.? ya, ya... Me alegro ^{de} en-
contrarte aquí.

Senen

He venido de Durante para tener el honor.

12

de saludar al Sr. Conde de Albrit y a la Sra Con-
desa de Lain, que tambien llegará hoy

NELL

¡Que viene mamá! (Despréndense las dos de los
brazos de su abuelo, y saltan gozosas.)

DOLLY

¡Jesús, qué alegría!

NELL

Pues no sabemos nada. ¿Lo sabias tú, abue-
lito?

EL CONDE, pensativo.

Sí.

DOLLY, volviendo a coger el brazo de Albrit.

Vamos, á prisita.

NELL, inquieta.

Tenemos que arreglarnos.

SEÑEN

Las señoritas han de ir al *hotel* del señor Al-
calde, á esperar á su mamá.

T corro a avisar á

*Venancio, para que salga a recibir á rruencia (entra
presuroso en la casa)*

Nell

¿Pero va mamá a casa del Alcalde?

El Conde.

Así parece

Dolly.

¿Porqué no viene a la Pardiña con nosotras?

El Conde

*La Pardiña no le parecerá a tu mamá bastan-
te cómoda.....*

Escena ~~septima~~. VII

*El Conde, Nell y Dolly. - Venancio, Grego-
ria, Senen.*

Venancio (humildemente, besandole la mano)

*Oh! señor Conde... I no nos avisó para salir
á recibirle.*

Gregoria (beniéndole la mano)

Bien venido sea mi señor

Venancio.

¡Que entre en su casa con bendición

El Conde (con señorial bondad)

Gracias, gracias mi buen Venancio, y tu Gregoria, gracias. Me alegro de veros tan campantes... digo, como veros... (Mirándoles atentamente) No, no veo bien más que las cosas grandes.

Venancio

¿Fuiere entrar el señor?

El Conde.

No, aguarda... Descansaré aquí (le traen un sillón rústico. Se sienta. Todos le rodean) Dejádme que reconozca, que refresque antiguas amistades. (contemplando el ramaje que cubre la escena) Ya estoy otra vez entre vosotros, árboles soberanos que disteis sombra a los juegos de mi infancia. Sois más viejos que yo, mucho más. El tiempo no amengua vuestra grandeza y hermosura. Las generaciones que han crecido a vuestra sombra se gastan se concluyen... y vosotros inmóviles, viéndonos pasar, viéndonos caer, viéndonos morir... (Cae en profunda meditación. Todos suspiran)

Gregoria

Señor, no olvido que a vucencia le agrada mucho el buen café... Lo haré al instante

Nell

¡Solo sirves aquí....

Dolly.

Si, si... Pronto.

Gregoria

Voy..... (Entra en la casa)

SENEN, poniéndose la americana.

¡Lástima no haber sabido antes que venia el señor Conde! El pueblo le habria preparado un buen recibimiento.

EL CONDE, ~~con desdén~~ (como despertando)

¿A mi?... ¿A mi Jerusa?... Brrr...

SENÉN

Habria salido la música, el orfeón... No faltaria el arquito de ramaje; y luego *lunch* en la Casa Consistorial.

EL CONDE

Veo que eres un cursi tremendo. Conozco esos homenajes, que en otro tiempo, cuando los merecia y estaba en disposición de recibirlos, me halagaban, si. Hoy me harian el efecto de una burla cruel. Antes de verme tan viejo y tan pobre como ahora, tuve ocasión de apreciar la villana ingratitud de mis compatriotas, los habitantes del Señorío de Jerusa. (~~saludando y suspirando~~) Veinte años há, la última vez que aquí estuve, los colonos que habian llegado á ser ¡Dios sabe cómo! propietarios de mis tierras, los señoritingos nacidos de mis cocineras, ó engendrados por mis mozos de cuadra, me recibieron con frio desdén, que me llenó de tristeza y amargura. Dijéronme que la villa se habia civilizado. Era una civilización improvisada y postiza, como la levita que compra el patán en un bazar de ropas hechas.

NELL

Papaito, no olvida tu pueblo los beneficios que de tí ha recibido.

DOLLY

No los olvida, no. La calle principal de Jerusa se llama *de Potestad*.

Venancio

La fuente de los cinco caños, junto á la iglesia, se llama *del Buen Conde*.

SENÉN, enfáticamente.

Jerusa, por más que digan, no puede olvidar que debe su existencia á los Albrit de la Edad Media.

EL CONDE, meditabundo.

Y á mis abuelos y á mi todo lo que en ella es de algún valor. La casa Ayuntamiento, que era el primitivo palacio de los Condes de Lain, fué donada por D. Martin de Potestad, capitán de las galeras de Nápoles. La calzada de Verola y el puente sobre el rio Caudó, obra fué de mi madre. Mi abuelo materno hizo el hospital y la casa-cuna; y yo traje las aguas riquisimas de Santaorra; levanté el muro de contención que defiende al pueblo de las avenidas del Caudó; fundé y doté la hermandad de Pescadores, haciéndoles además una dársena para abrigo de sus

lanchas; repoblé el monte comunal... sin contar otras mejoras de que ya no me acuerdo. ¿Y cómo pagaron mis paisanos tantos beneficios? Pues cuando me vieron mal de intereses, recargaban horrorosamente mis propiedades en todos los repartos de contribución, para obligarme á vendérselas... Y lo conseguían... En sus manos rapaces está todo.

NELL

Abuelito, no pienses cosas tristes.

DOLLY

¿No estás alegre de vernos y de tenernos á tu lado?

EL CONDE, deteniéndose para abrazarlas y besarlas con elusión.

Si, si, ángeles inocentes. Soy feliz con vosotras, y lo demás nada me importa.

SENÉN, con malicia indiscreta, que resulta más antipática por lo pedantesco de la expresión.

Y de que no seríamos justos achacando á Jersusa el pecado de la ingratitud, tenemos hoy una prueba elocuente, señor Conde,

que no es

Besandolas

18

Far

El Conde

Qué?

Venancio

Sabida con tiempo la llegada de la señora Condesa de Lain, se le prepara un recibimiento entusiasta....

Nell

Es de veras?

Senen

Cual corresponde á quien tan grande fomento ha dado á los intereses morales y materiales de esta villa. Saldrá el Alcalde á la estación.

El Conde:

Se dispararán cohetes. Todo eso está muy en caracter....

Venancio (aproximándose al seto
donde está la entrada de la huerta)

Con los últimos ensanches. Jerusa casi
toca ya en las tapias de la Partina.

El Conde

En mi tiempo, desde este altozano que do-
mina la huerta, se veía parte de la ~~huerta~~
Villa.

Nell

Ahora también mejor, porque han pu-
dado los árboles. Dolly

Ven, abuelito y verás (cada uno de los niños
le coge por un brazo. Levantase el Conde, y se aproxima a la en-
trada)  [origiéndola]

Senén (oficiosamente)

Si el Sr. Conde me lo permite le advertiré que
es hora de que las ~~niñas~~ ^{señoritas} se arreglen, si quieren
presenciar la entrada triunfal de su mamá.

El Conde.

Si, si... niñas, ya es hora.

Nell.

En un periquete nos vestimos....

Dolly. (inquieta)

¿Llegaremos a tiempo?

Nell

Pronto volveremos, papaito.



El Coude, (mirando hacia el pueblo)

Si, si, te conozco, Teresa; distinguo un monton de tejados rojos y de ventanales blancos... mas allá muchas de verde lozano. Eres Teresa; te siento bajo mis pies,.... tu ingratitude me da en el olfato. Fhiciste escarnio del que fue' tu señor, aplicándole un mote burlesco.... Pues ahora, el leon placo de Albón que nada te pide, que para nada te necesita, te manifiesta su ~~desprecio~~ desprecio con toda la efusion de su alma, no queriendo de ti ni un pedazo de tierra para sepultar sus pobres huesos. (volviéndome hacia las niñas) Si me quieren aquí, que me lleven a' enterrar a' Pu-
lan, o que me tieren al mar.

Dolly

Papaito, no es hoy día de cosas frías.

Dolly.

15

J traeremos a' mamá.... ~~Pues no faltata~~
~~más.~~

El Conde (Las besa cariñosamente)

Adios, hijas mias.... Fue os divertais muchos...

... Adios.

Venancio (dandolas prisa)

Vivo, vivo....

Senen. Vuencia

Yo tambien, si el Sr. Conde ~~no~~ no manda
otra cosa, me retiro.... (Se aproxima al conde fami-
liarmente)

El Conde

Serás de los designados para disparar
cohetes... Vete pronto; no saltas a' tu obligación.

Senen

Si el señor Conde me necesita....

EL CONDE

No... muchas gracias... Y me alegro de que
te ausentes... No, no es por nada ofensivo para
ti, Seneca... ó Senén. ¿Te lo digo?

SENÉN

Nada que usia me diga puede ofenderme.

EL CONDE

Pues deseo que te marches, porque... Hijo,
gastas un perfume, que marea. Los aromas de-
masiado fuertes me dan vahidos... Dispensame
(dándole la mano, ~~y acariciando la de Senén~~), perdóna-
me que te despida con una impertinencia.

SENÉN, desconcertado.

Señor... unas gotitas de heliotropo...

EL CONDE

No he dicho nada... Abur.

SENÉN, aparte, retirándose.

Malas pulgas trae el león flaco de Albrit.

El Conde

Ya deseaba estar solo contigo.

Venancio (afectuoso)

¿Se encuentra bien el Sr. Conde?

El Conde (con dificultad en la respiración)

Oh, no. La ^{emoción} ~~ansiedad~~ que ~~siento~~ he sentido al verme en la Pardina no me deja respirar..... ^{y temo} Deseo entrar en la casa.... Parece que ^{en} sus estancias me acechan las sombras de seres queridos.... (Pasándose la mano por los ojos)

La memoria me abruma, el sentimiento me atroga... No debí venir, no no.

Venancio

Señor, los recuerdos de la Pardina serán gratos para vucencia.

EL CONDE, con profunda tristeza.

Aquí pasé mi infancia, al lado de mi madre, que enviudó á los pocos días de mi nacimiento... Heredero de los Condados de Albrit y de Lain, ¡cuántas veces, joven, en la plenitud de la vida, y con todo el verdor de las ilusiones fomentadas por la grandeza de mi linaje; cuántas veces, solo, con mi esposa, ó con mis amigos, vine á pasar alegres temporadas en la Pardina! En aquel tiempo tú eras un niño. Tus padres, y otros padres de gentes ingratas que andan por esos mundos en diferentes oficios, eran entonces mis servidores. En mi veiais al señor, al rey de la Pardina, y hasta cierto punto, al amo de toda Jerusa... Pasó tiempo; creció mi hijo Rafael. Correspondieronle por muerte de su madre, y según el fuero de Lain, este Condado y esta casa... Yo volví á la Pardina: ya no era el señor; mas era el padre del señor, y tú, ya grandecito, y los demás servidores de esta antigua casa, me mirábais con respeto, con cariño, con veneración. El Conde de Albrit, poderoso todavía, os remuneraba vuestros servicios con la noble largueza que era en él habitual.

VENANCIO

Siempre fué Vucencia el primer caballero de España.

EL CONDE, con melancólica dignidad, levantándose.

Pues hoy, el primer caballero de España, el generoso y grande, viene á pedirte hospitalidad. Vicisitudes y trastornos que no quisiera recordar, esta revolución crónica que hace y deshace los Estados y las familias, y todo lo trueca y baraja, te han dado á ti la propiedad de la Pardina. En ella entro yo á pedirte albergue, no como señor, sino como desvalido sin hogar, abandonado de todo el mundo. Si me la das, ya sabes que has de hacerlo por pura caridad, no por remuneración ni recompensa. Soy pobre; todo lo he perdido.

VENANCIO

El señor Conde viene siempre á su casa, y nosotros, hoy como ayer, somos sus criados.

EL CONDE

Te lo agradezco, créeme que te lo agradezco en el alma... Pero... bien mirado, es tu obligación, y cumples como cristiano. Todo lo que eres y todo lo que tienes, me lo debes á mi.

VENANCIO

Sin duda.

EL CONDE

No haces nada de más en ampararme... en ver en mí á tu señor, y en respetar, no sólo mi nombre y mi historia, sino mi ancianidad, mis achaques... Las desgracias, hijo mio, me han hecho algo quejumbroso, algo impertinente. Mi genio altivo se exagera cada día más con la pérdida de la vista... No puedo sofocar mis ímpetus de absolutismo, de persona acostumbrada á mandar.

VENANCIO

Bien, señor. *Y ante todo, ¿en qué*

EL CONDE

Y á ser obedecida.

VENANCIO

También tengo el hábito de la obediencia... Y ante todo, señor, ¿en qué aposento quiere vuecencia dormir?

EL CONDE

Arriba, en la alcoba que fué de mi madre.

VENANCIO, contrariado

¿La que da al pasillo grande? La tenemos llena de trastos.

EL CONDE

Pues sacas los trastos y me metes á mí.

VENANCIO

Señor, es un trastorno...

EL CONDE, sulfurándose ligeramente.

¿Ya empezamos?

VENANCIO

La hemos convertido en secadero: allí colgamos las judías...

EL CONDE, sulfurándose más.

Pon las judías en otra parte. ¿Vale tan poco mi persona que no merece... una molestia insignificante de las señoras hortalizas?

VENANCIO, sin acabar de resignarse.

Bien, señor... Ello es que...

EL CONDE

¿Todavía refunfuñas? Debiste, desde que te lo dije, asentir con delicadeza obsequiosa. ¿Será preciso que te lo mande?... Por poco me apuras (golpeando el brazo del sillón.) ¡Oh, triste cosa es para mí ser huésped de mis inferiores! Venancio, quiero someterme al destino, quiero olvidarme de mí mismo, y no puedo, no puedo. La autoridad es esencial en mí. Por Cristo, súfreme ó arrojame de mi casa, quiero decir, de la tuya.

VENANCIO

Eso no... (Viendo venir al Cura.) Ya tiene vuecencia aquí á su amigo D. Carmelo.

ESCENA IX

El Conde Venancio; el Cura, alto, barrigudo jovial, entra en escena, viniendo de la casa, y se dirige al Conde con los brazos abiertos despues Gregoria.

EL CURA

¡Carisimo amigo y dueño, D. Rodrigo de mi alma!...

EL CONDE, abrazándole.

¡Pastor Curiambro, ven á mis brazos!... Pero, hijo, ¡qué gordísimo estás!... No me cabes... ¿ves? no me cabes... Me cuesta trabajo poner en tu espalda las palmas de mis manos.

EL CURA

¡Qué sorpresa tan grata, qué alegría!

EL CONDE, tocándole.

Pero, chico, ¿es tuyo todo esto? ¿Es ésta tu barriga, ó te has traído por delante el púlpito de tu iglesia?

EL CURA, riendo.

Es que en esta tierra, Sr. D. Rodrigo, de nada le sirve á uno hacer penitencia.

EL CONDE

¿Penitencia tú? ¡Hombre, qué cosa tan rara!... En fin, siempre que des gusto á tus feligreses...

VENANCIO, lisonjero.

Tenemos un párroco que vale más que pesa.

EL CONDE

¿Y de salud, bravamente? Tu cara... (Observándole.) Pues, mira, te veo, te veo bien. ¡Como eres tan grandón! ¡Ah!... me permitirás que te tutee, á pesar del tiempo transcurrido.

EL CURA, con modestia sumá.

¡Señor Conde, por amor de Dios!...

EL CONDE, muy cariñoso.

Bien, Carmelo; bien, *Pastor Curiambro*. Siéntate á mi lado. ¡Cómo corren, ¡ay! cómo se escabullen los pícaros años! Tú... á ver si acierto... andarás en los cincuenta.

EL CURA

Andaba en ellos... dos años há.

VENANCIO

Como yo. Somos del mismo tiempo.

EL CONDE

No podía ser menos. Tenias veintiséis cuando...

EL CURA

Cuando murió mi padre. A la generosidad de señor Conde debí el poder terminar mi carrera de Teología y Derecho.

EL CONDE, con natural delicadeza.

Pues, mira tú, de eso no me acordaba.

EL CURA

¡Ah, yo sí!

EL CONDE

¿Te acuerdas de aquellas merendonas del Soto de Aguillón? Desde entonces, te profeticé que serías *la première fourchette de l'Espagne*.

EL CURA, riendo.

Era un tenedor tremendo, sí, sí...

EL CONDE

¿Y sigues con la higiénica costumbre de comer copiosamente, y de digerir clavos?

EL CURA

Ya no soy ni sombra de lo que fui; pero todavía...

VENANCIO

Todavía... si el caso llega, no deja mal puesto el pabellón.

EL CONDE

¿Te acuerdas de cuando apostabas con Valentín, el escribano de Verola, á quién comía más?

EL CURA, riendo á carcajadas.

Y siempre le gané, siempre.

EL CONDE

Un día de vigilia... Venancio, no lo creerás, pero es verdad... le vi comerse una langosta de este tamaño, entera y verdadera, detrás de un arroz con pescado y marisco... y delante de docena y media de torrijas.

Gregoria (vestida para salir. Trae servicio

de café')

Aquí está el café' (Lo pone en la mesa)

El Conde

Fue oportunidad, Gregoria! (disponerse á tomarlo) Carmelo, te sirvo.

GREGORIA

Las señoritas están concluyendo de arreglarse. En seguida nos iremos.

EL CONDE

Que no se entretengan; ya será hora. (Al Cura, sirviéndole azúcar.) A ti te gusta dulzón, si no recuerdo mal.

EL CURA

¡Qué memoria tiene usted!

EL CONDE

No siendo para los favores que me hacen, también la pierdo, como la vista.

GREGORIA

¿Se le ofrece algo más al señor?

EL CONDE

No... Gracias. (Vase Gregoria.)

EL CURA, paladeando el café.

¿Y qué?... Señor Conde, ¿qué le parecen á usted sus nietecitas? ¿No las había visto después de su regreso de América?

EL CONDE

No.

EL CURA

Son angelicales... ¡Y qué lindas, qué graciosas! Se le meten á uno en el corazón... Verlas, tratarlas y no quererlas, es imposible. (El Conde, ensimismado, calla. Durante la pausa, D. Carmelo le observa.) Dios ha hecho en ellas una parejita encantadora, para regocijo y orgullo de su madre... y de usted.

EL CONDE, como volviendo en sí.

¿Decías?... ¡Ah! Si, son hechiceras las chiquillas.

EL CURA, queriendo sonsacarle el motivo de su estancia en Jerusa.

Comprendo la impaciencia de usted por verlas. Al santo anhelo de conocer á sus nietas y abrazarlas, debemos el honor de tenerle en Jerusa...

EL CONDE

Yo he venido á Jerusa, principalmente, por... (Á Venancio, con autoridad, pero sin altanería.) Tú...

VENANCIO

¿Señor?...

EL CONDE

Haz el favor de dejarnos solos. (Vase Venancio.)

ESCENA X

EL CONDE, EL CURA

EL CURA

Ya me dijo Senén que la Condesa y usted se habían citado aquí... (Su solapada curiosidad quiere apoderarse del pensamiento del Conde, tomándole las vueltas.) Aquí pueden ventilar con toda calma las cuestiones de intereses... (Pausa. El Conde no dice nada.) Ó las cuestiones de otra índole, cualesquiera que sean.

EL CONDE

Volviendo á las niñas, te diré, querido Carmelo, que han producido en mi alma una impresión hondísima.

EL CURA

¿De alegría?...

EL CONDE

Sí... Estas alegrías pronto las convierto yo en intensísima tristeza, agobiado como me veo por crueles desgracias, perseguido de pensamientos revoltosos, obra de esta fiebre de análisis que traen consigo la experiencia del mal, el excesivo tesón de mi carácter, los años, la ceguera misma... Figúrome que no me entiendes, mi buen Carmelo, y has de permitirme que por ahora no te diga más.

18.
EL CURA

Francamente, me he quedado en ayunas.

EL CONDE, con humorismo.

¿En ayunas tú?... No lo creo.

EL CURA

¿Tienen algo que ver esas tristezas, que sin duda son nerviosas, con el porvenir de las señoritas?

EL CONDE, rehuendo entrar en el asunto.

No sé... Déjame que te diga otra cosa. ^{Ma} Mi primera impresión al verlas y oirlas, fué... claro que fué excelente, de gran regocijo y orgullo, como has dicho. Creí notar una perfecta consonancia, igualdad más bien, en el timbre de sus voces. Como no veo bien, sus rostros me han parecido como dos reproducciones exactas de un mismo tipo. ¿Serán, por ventura, iguales también sus caracteres, sus almas?

EL CURA, después de un ratito de perplejidad.

¡Oh, no, Sr. D. Rodrigo! Ni son iguales sus voces, ni sus caras, ni menos sus caracteres.

EL CONDE, con gran interés.

Pues siendo distintas, la una será forzosamente mejor que la otra. Dime, tú que las has tratado y visto bien, ¿cuál de las dos es la más inteligente; cuál la de corazón más puro, recto y generoso?...

EL CURA

Difícil es, á fe mia, la respuesta. Ambas son buenas, dóciles, inteligentes, de corazón hermoso y nobilísimo... algo traviesas, eso sí; pero observantes de la ley del pudor, muy firmes en los principios elementales, temerosas de Dios...

EL CONDE

Todo eso es lo que hay en ellas de común: comprendido. ¿Y qué las diferencia?

EL CURA

Pues discrepan... Verá usted... Dolly toma la iniciativa en las travesuras; Nell parece más inclinadita á las cosas graves, más previsora... Dolly es una imaginación viva, una voluntad impetuosa; Nell, una naturaleza reflexiva, más fija y constante que la otra en sus aficiones; Dolly, divagando, muestra pasmosas aptitudes para la vida práctica; Nell, haciendo diabluras, nos deslumbra con destellos de asombrosa inteligencia... ¿Pero qué he de decirle yo al señor D. Rodrigo, si en cuanto las trate familiar y diariamente, usted ha de conocerlas y diferenciarlas mejor que nadie?

EL CONDE, dejándose llevar de su sinceridad.

De eso trato; á eso he venido.

EL CURA

¿Ha venido á...?

EL CONDE

A estudiarlas, á intentar un análisis detenido de sus caracteres... Las razones de esto no está bien que las sepas por ahora... (Variando de tono.) Oye, Carmelo, ¿por qué no te quedas hoy á comer conmigo? Gregoria no te tratará mal.

EL CURA

¡Oh, no! La conozco... y sé lo que vale. Pero sin perjuicio de tributar á Gregoria en otra ocasión los honores debidos, hoy, lo que es hoy, señor Conde de Albrit, se viene usted á mi casa, á hacer penitencia con *este cura*.

EL CONDE

Acepto; sí, señor, acepto... ¿A qué hora?

EL CURA

Á la una y media en punto.

ESCENA ~~XII~~ *XI*

EL CONDE, EL CURA: EL MÉDICO, (joven, pequenito; de conjunto simpático y mirar inteligente. Viene de ~~la~~ *la casa. Trae levita y*

lombroso de copa)

EL CURA

¡Oh, mediquillo, ven!... (Presentándole.) Salvador Angulo, nuestro médico titular.

EL CONDE, estrechándole la mano.

Muy señor mío.

EL MÉDICO

Vengo á ofrecer mis respetos al Señor de Jerusa y de Polan...

EL CONDE, recordando.

Angulo, Angulo... espérese usted...

EL CURA

Es hijo de Bonifacio Angulo, aquél que llamaban aquí por mal nombre *Cachorro*, guarda de los montes de Lain.

EL CONDE

¡Oh, sí!... *Cachorro*, hombre sencillo y un tanto rudo... servidor fiel... Le recuerdo perfectamente. (Le da otra vez la mano, que el médico le besa.)

EL CURA

Y no habrá olvidado el Sr. D. Rodrigo que á este chico le costeó la carrera en Valladolid.

EL MÉDICO

Por lo cual, debo al señor Conde lo poco que soy, y lo poco que valgo.

EL CONDE

De eso no me acordaba... mi palabra que no me acordaba.

EL CURA

Pues ha de saber usted... no es porque esté delante... que este chico es una notabilidad... pero una notabilidad, en la ciencia médica.

EL MÉDICO

Por Dios, D. Carmelo...

EL CONDE, muy cariñoso.

Bien, hijo mío; dame un abrazo. (Le abraza.) Me permitirás que te tutee. No puedo corregir este hábito de familiaridad, desde que entro en Jerusa. (El médico asiente con mudas demostraciones de respeto.)

EL CURA

Y ya, ya sé por qué vienes tan pitre, cañamoncito de Jerusa.

Médico

Soy de la comisión que ha de ^{cumplimentar} acompañar á la señora Condesa.....

El Conde

19

Ah!... muy bien. (al cura); ¿Tu no vas?

El Cura

Después... Indefectiblemente tendré que asomar las narices por allá. No diga la señora Condesa que soy descortés.

El Conde

No eche de menos la población figura tan culminante en esta clase de ceremonias.

EL CURA

Oye, Salvador. En cuanto se acabe la función, una vez que el pueblo desfogue su entusiasmo con un poco de pólvora y cuatro berriños, y suene en los aires la última simpleza del discurso que ha de pronunciar D. José Monedero, te vienes corriendito á casa, y tendrás el honor de comer con el señor Conde y conmigo.

EL MÉDICO

Bien, bien. ¡Qué honra tan grande!

EL CONDE, con alegría.

¡Qué feliz coyuntura para consultarle con toda calma...!

EL MÉDICO

¿Un padecimiento?

EL CONDE

No es eso. Tú conoces á mis nietecillas; las habrás asistido en alguna dolencia.

EL MÉDICO

Nell y Dolly disfrutaban de una salud enteramente campesina y plebeya. Las he visitado para indisposiciones sin importancia.

EL CONDE

Pero que á ti, como perspicaz observador, te habrán bastado para conocer sus temperamentos, qué afecciones prevalecen en cada una, qué predisposiciones patológicas se marcan en una y otra naturaleza... porque de seguro habrá diferencia grande en la complexión, en la constitución anatómica y fisiológica de las dos chiquillas. No sé si me explico.

EL MÉDICO

Perfectamente. Pero hasta hoy no he tenido ocasión de determinar entre una y otra notorias diferencias.

El Cura

En fin, en mi casa, de sobremesa, hablarán ustedes largo y tendido (muna coquete)

El Conde (votremeciéndose)

Ya está aquí....

El Médico

Ya llega... (oyese música lejána)

El Cura (aproximándose á la izquierda
al sitio desde donde se ve el pueblo)

Desde aquí se ve el tumulto. ¡Fue gentío!

Parecen locos... (El Conde, con grau agitación
se levanta, y trata de ver lo que ocurre en Torosa)

El Médico (poniéndose en el mejor sitio)

Vea usted, Sr. Conde

El Conde

No ves, no... pero oigo... sí....

El Cura

Los coches llegan ya á la casa del
Alcalde. (Simulan mas cerca la música y el ru-
mor popular)

El Conde (con subita exaltación
apostrofando al pueblo.)

¡Ah! Ya llega, ya entra en Jerusa Lu-
crecia Richmond... ¡Ya estás aquí, bestia en-
galanada, estatua viva, deshonesto! ¡Cuánto
deseaba yo esta ocasión!... ¡Tú y yo solos, fren-
te á frente! (Se asoma á una ventana.) No sé quién
es peor: si tú que paseas impune por el mundo
tu desvergüenza, ó un pueblo servil y degra-
dado que te festeja y te adula. (Oyense campanas.)
Repican por ti... y luego tocarán á la oración.
(Furioso, gritando en la ventana, hacia afuera.) ¡Pueblo
imbécil, esa que á ti llega es un monstruo de
liviandad, una infame falsaria! No la victorees,
no la agasajes. Apedréala, escúpela.

(El Cura y el Médico, aterrados del vehementemente lenguaje
del Conde, permanecen mudos, le miran con cierta lastima
mezclada de respeto.)

Fin del acto primero.

~~con medias palabras que no entendíamos.~~

El Médico

Espero que se. calmara' con el recadito que traemos de la Condesa

Venancio

¿Pero al fin, la señora consiente.....?

El Alcalde (con fatuidad)

Gracias a' mi... ¿Verdad Carmelo? Yo solo, con esta labia que me ha dado Dios y este ten con ten, he conseguido de Madama Lucrecia que señale día y hora para la entrevista.

El Cura.

Hoy, a' las doce.

Venancio

Vamos... más vale así.

El Alcalde

¡Que no hemos gastado poca saliva mi mujer y yo para convencerla, pues aunque la tal viene a' Jerusa sin mas objeto que parlamentar con su papá político, al llegar aquí y sentir de cerca el resoplido de la fiera, siente turbación, miedo....

~~El Alcalde.~~

El Cura
¡Un pánico horroroso! Grave, gravísimo debe ser, señores míos, el motivo de discordia entre uno y otro, cuando Lucrecia, tan valiente para afrontar ante el mundo los mas terribles problemas de moral, se achica y tiembla ante un pobre anciano, enfermo, casi

Acto Segundo

esto muy grande (20)

Sala baja en la Parroquia. En paredes techo y muebles, aspecto de venerable antigüedad, bien conservada.

Escena primera

Venancio, poniendo en orden las sillas. ~~Por el foro~~
~~entran~~ El Cura, El Médico, y El Alcalde, que entran por el foro.

Venancio

Adelante, señores. ¡Cuanto bueno en mi casa!
~~(Satisfecho de ver al Alcalde)~~ Oh, señor Alcalde de Jerusa.
¡que honor!.... Pasen, tomen asiento

Alcalde

Ta nos ha dicho tu mujer que ^{anda suelto.} ~~no está~~ en
~~cas~~ casa el leon.

Venancio

¿Venian a ver al Sr. Conde?

El Cura

Naturalmente; No ha vuelto de paseo?

Venancio

No señor.

El Médico

Me dijeron que había subido al bosque.

Venancio

En el bosque estará. ~~(al Cura)~~ Esperó a usted
hasta las diez, por cierto muy impaciente, dan-
do vueltas aquí, como en una jaula, y rezongando

nuestra insigne amiga, la protectora de Jerusa, no
tenia ni jirca de amor a su esposo....

Venancio. (que ~~mir~~^{mira} por el fondo)

Silencio, que vienen.

El Cura.

¿Quien?

Venancio

La Condesa y las niñas.

Escena ~~siguiente~~ II

Los mismos. La Condesa Lucrecia, Nell
y Dolly.

Venancio. (besándole la mano)

Bienvenida sea mi señora.

Lucrecia

Me alegro de verte.... pero no esperes que entre
con alegría en esta casa lúgubre. (recorre con ojos me-
ditos la escena)

Nell.

Mamita, es nuestra casa.....

Lucrecia

Si,... si... no sé lo que me digo. Muy grato es
para mi este viejo caseron, porque en el tienen su
nido mis adoradas niñas. (El cura le señala el sillón pre-
ferente. La Condesa se sienta. Las niñas se ponen en pie junto a ella
cada una por un lado)

Nell.

Nido precioso si consiguiéramos atraerte a el
con nuestro cariño.

Dolly.

3. (22)

Te sugetarte en él con nuestros besos.

El Alcalde.

Aunque V. no quiera, *bordesa*, estas adorables
criaturas, nos sirven de ~~base~~ ^{reclamo} para ~~prender~~ ^{cazar} a Vd. y
secuestrarla en Terusa.

Lucrecia

Me agrada el secuestro, siempre que supriman
las manifestaciones públicas, que me confunden, me
anonadan, y casi casi me avergüenzan.. (riendo)

¿Pero no saben? Hoy mismo, ahora, al salir de su
casa de Vd., Sr. Alcalde, había grupos en la plaza,
con el aleroso intento de repetir ~~las~~ ^{las} ovaciones de ayer.

El Alcalde.

¿De veras?

Dolly.

Como que no nos dejaban dar un paso.

Mell.

Y gritaban: «¡viva nuestra *bordesa*, viva la pa-
trona ~~de~~ de Terusa...!»

Lucrecia (riendo)

¡Patrona...!»

El Médico

Querían decir "protectora, intercesora política..."

Lucrecia

¡Que locura!

El Alcalde.

Es natural. Veá Ud. por donde el ser persona de grande influjo y poder, tiene sus quiebras.

Lucrecia

¿Pero que hiciera yo Sr. D. José de mi alma, para merecer estos obsequios, este entusiasmo?

El Cura.

Hija mia, la carretera de Forbes, la estación telegráfica....

El Médico

Y la condonacion de contribuciones... ¡Ahí es nada!

Lucrecia

Me bastó pedirselo al Ministro.

El Alcalde

~~Mas que todo eso vale el Instituto de segunda enseñanza que nos disputaban los de Durante. Nada agradecen los pueblos tanto señora mia, como el que se les dé algo que se quita al vecino...~~

Pues esta noche, no se libra V. del Orfeon.
lo que es

Lucrecia (asustada)

¡Por Dios, señor Alcalde....!

Dell

Mamá, déjales que canten.

Dolly

Si, si.... queremos oírlos...

Dolly.

¡Que gusto! Allá vamos.†

Well

¿Estará en el bosque?

Venancio

Creo que sí.

El Médico

Yo las acompañaré.

Lucrecia.

Gracias, Doctor.

Well

~~Corramos.~~ Corramos.

Dolly

Pronto te lo traeremos.

El Médico

Al bosque. Andando.

(Vase el Médico, las niñas y Venancio)

Escena ~~tercera~~ III

Lucrecia, el Cura, el Alcalde.

Lucrecia (con vivo interés)

Digame, Don Carmelo, ¿le ha visto V. hoy?

El Cura.

~~Señora.~~ No, ~~señora.~~ Con él ^{anoche} ~~me encontré~~ ~~en la casa~~, mientras cenaba. ~~se encontraba.~~ Ya fije á usted que no

~~Lucrecia~~ (quiere decirle lo que piensa

del cura)

Ya, ya me figuro tan guñon y traliliario como

siempre.

El Cura.

5
(24)

~~No ^{observé} ~~me fijé~~ en el Señor Conde mas que un deseo~~
ardentísimo de conferenciar con su señora hija políti-
ca.

Lucrecia (inquietada y cañilosa)

¡ Ah... si de la ~~conferencia~~ conferencia resultara el perderle
de vista para siempre...!

El Alcalde

Deseche usted, señora mía, ese miedo pueril.... Si es
mejor que se hallen ustedes y se querellen como buenos
amigos. De la ^{discusión} ~~conferencia~~, del altercado mismo, pudiera
salir una franca avenencia.

Lucrecia (mirando al suelo)

Lo veo difícil... muy difícil (^{interroga} ~~mirando~~ al cura, ~~le interroga~~ con
mirada penetrante) ~~Usted~~ ^{el} Sr. D. Carmelo, no tiene conmigo
la franqueza que yo merezco.

~~El Cura.~~

~~¡ Señora...~~

~~Lucrecia~~

De lo que el Conde dijo a V. solo me revela lo mas in-
significante.

El Cura

Oh, no... todo, todo... (como queriendo recordar)

Lucrecia

Plaga V. memoria (al alcalde) ~~Verdad que D. Carmelo~~
~~me cuenta lo mas interesante?~~ ^{Por}

El Alcalde

~~Señora, no creo...~~

Lucrecia

Por cortesía, por delicadeza, que estimo mucho, el Sr. párroco de Terusa no quiere repetir los horrores que mi ~~ilustre papa~~ ^{negro} le ha dicho de mi

El Cura

¿Horrores?... Mi palabra que no. (haciendo como que recuerda)

Algo habló de su hijo muerto, dignísimo esposo de Vd.... ponderó sus virtudes, su mérito no común.... lloró'.....

Lucrecia.

¿Y que más?

El Cura.

Demuestra un cariño ardiente á sus nietas. Oyéndole hablar de ellas, hemos observado Angulo y yo cierta exaltación del afecto paternal, y una tenacidad monomaniaca en el propósito de estudiar y desentrañar los caracteres de una y otra... Por la incoherencia con que se expresa, no hemos podido apoderarnos de su pensamiento, si es que alguno tiene. Angulo cree más bien que en aquella cabeza hay un desconcierto lastimoso, ideas de grandeza, ideas de venganza, el orgullo y la miseria, que rabian de verse juntos.

LUCRECIA

No será extraño que las desdichas, amargando su alma, toda soberbia y altanería, lleven al buen D. Rodrigo á la locura...

EL CURA

No diré yo tanto. Sólo apunto la idea de que el señor Conde, por su ancianidad, por su pobreza, por el estado de amargura e irritación de su espíritu, merece y reclama exquisitos cuidados, y de esto precisamente quería que hablásemos usted y yo.

LUCRECIA

Por mí no ha de quedar. ~~Pienso decir~~ ^{diré} á Venancio que si el Conde permanece en la Pardiña tenga con él toda clase de miramientos, le cuide, le agazaje, atienda con delicadeza á sus necesidades. Pero yo dudo que acepte estos beneficios dispuestos por mí.

¿Fue creen Vds. que aceptará? La

protección mia, filial, afectuosa, le suavizará, le hará menos intolerante, más benigno?... (Interroga á uno y otro con la mirada. Ambos callan, ~~no~~ no sabiendo que decir)

condesa por Dios, ^{calma, serenidad.} ~~XXXXXXXXXXXX~~. La veo a V. demudada, temerosa, como el que se ve, ó cree verse, en la proximidad de un gran peligro.

Lucrecia (recobrada)

¿A usted ¿ que le ha dicho de mí?

El Alcalde

¡ Si yo no le he visto todavía!.. Me ^{lo} puede creer.

El Cura

No hay mas que lo que acabo de referir. ^{Concluyó} ~~XXXXXXXXXXXX~~ rogándome ~~XXXXXXXXXXXX~~ con grandes encarecimientos que hallase con V..... Ya sabe: la conferencia.....

Lucrecia

Me ^{consentido, en} ~~XXXXXXXXXXXX~~ celebrar la hoy para concluir de una vez.

El Cura

Fuédese ~~XXXX~~ en volver a'quí con la determinación de V... Volví, y me dijo Venancio que había salido de paseo.

Lucrecia (con intensa curiosidad.)

Solo?

El Cura

Creo que no... No recuerdo... (sobre Venancio) Oye tu... ¿quien me dijiste que acompañaba esta mañana al Sr. Conde?

Escena cuarta **IV**

Los mismos, Venancio.

Venancio

Senén... Pero antes de llegar al Calvario le despidió dicién-

dole que queria pasear solo. Volvió Senén, y...

Lucrecia

¿Esta aqui?

Venancio

Precisamente vengo a decir a la Señora que el antiguo criado de Lain desea ser recibido por vuestro favor.

Lucrecia

¡Oh, que fastidio! (cambiando de idea y propósito subitamente)

Si, si... quiero verle... Sufriré un momento sus impertinencias (retiran Venancio)

Alcalde

¿Nosotros nos retiramos?

Lucrecia

No, no... Si queda reservado he de hablar con ese posma.

El Cura (despidiéndose)

Con su permiso... El señor Conde no puede tardar.

Alcalde

Animo, amiga mia. No tema V. al leon.

El Cura

Fue no estan fiero como su imaginación de V. lo pinta....

Alcalde

¡Fue demonios! a una mujer como V. Condesa, le sobran medios, recursos de ingenio y de palabra para trastearle gallardamente, y.... Fuera miedo.... Formé V. la ofensiva.

El Cura. (estreciéndole la mano a Lucrecia)

8
126

Opino lo contrario. A la defensiva... con humildad y buenos modos.

Alcalde.

Diplomacia, jarabe de ~~de~~ pisco....

El Cura

No, no, sinceridad, sinceridad, mucha sinceridad.

Lucrecia (despidiéndose afectuosa)

Hasta luego, amigos míos...

El Cura (retirándose)

Sinceridad, digo.

Lucrecia

Gracias, gracias a los dos por sus leales consejos....

Adios, adios. (Al punto que salen el Cura y Alcalde, entra Senen introducido por Venancio, que se retira)

Escena quinta V

Lucrecia, Senen (que permanece a respetuosa

distancia)

Lucrecia (en pie, le interroga con interés, mostrándose

distanciada con el que fue su criado)

Ya sé que has visto á ese hombre, que le has hablado.

SENÉN, en pie, respetuoso.

Viene de malas.

LUCRECIA, disimulando su miedo.

¿Y qué me importa? Forzoso es darle algo para que viva... Me dejará en paz.

SENÉN

Lo dudo... Como soberbio que es, no querrá limosna; como quisquilloso y camorrista, querrá escándalo.

LUCRECIA, trémula.

¡Escándalo!... ¿Qué?... ¿te ha dicho algo?

Senen

LUCRECIA

Como los traperos en los montones de basura.

SENÉN

Revolver para sacar... lo que encuentre.

LUCRECIA, muy inquieta.

Y á ti te haría mil preguntas... Sabe que fuiste mi criado... y los criados siempre poseen algún secreto... digo mal, algún dato de las intimidades de sus amos.

SENÉN, enfáticamente.

En mí tuvo y tendrá siempre la señora Condesa un servidor leal...

LUCRECIA

Lo sé... Confío en ti. *(Apuradísima por*

SENÉN

Y aunque no me obligaran á la lealtad los motivos de agradecimiento que me hacen esclavo de la señora, seré fiel y seguro porque tengo la honradez metida en las entrañas...

LUCRECIA

Lo sé... (Apuradísima por librar su olfato del insoportable perfume de heliotropo que Senén despide de su ropa, saca el pañuelo, y se acaricia con él la nariz, fingiendo constipación.)

SENÉN

Sirvo á la Condesa de Lain desinteresadamente en todo aquello que guste mandarme, sea lo que fuere... Pero no olvide la señora que su humilde protegido, el pobre Senén, no merece quedarse á mitad del camino en su carrera.

LUCRECIA, con hastío y desdén.

¿Pero qué... quieres más? ¿Solicitas otro ascenso? Ahora es imposible.

SENÉN, quejumbroso.

No es eso. Por la administración á secas no se va á ninguna parte.

LUCRECIA

¿Pues qué pretendes?... Dilo pronto y acaba de una vez. ¿Quieres el arzobispado de Toledo, ó la cruz laureada de San Fernando?

SENÉN

Aspiro á una posición obscura y de mucho trabajo, con lo cual podré asegurar mi subsistencia en lo que me quede de vida.

LUCRECIA, impaciente, deseando que se vaya.

Bueno: la tendrás. ¿Es cosa que puedo hacer yo?

SENÉN

Facilísimamente, no dejando pasar la ocasión. Es cosa muy sencilla. Que me nombren agente ejecutivo para la cobranza de Derechos Reales.

LUCRECIA

¿Y eso da dinero?

SENÉN

¡Que sí da!...

LUCRECIA

¿De modo que pidiéndolo al Ministro...?

SENÉN

Como tenerlo en la mano.

aquí

at

tan fácil como
dices

LUCRECIA, levantándose, por huir del perfume y del
perfumado.

Si es así, cuenta con ello.

SENÉN

Permitame la señora un momentito...

LUCRECIA

¡Insufrible pedigüeño! ¿Todavía más?

SENÉN

~~Se me olvido~~ decir á la señora que para des-
empeñar ese cargo necesito fianza.

LUCRECIA, muy displicente.

¿También eso?

SENÉN

Una fuerte fianza.

LUCRECIA, sofocando su ira.

Yo no puedo ponértela...

SENÉN, dando un paso hacia ella.

Pero el señor Marqués de Pescara me la faci-
litará sólo con que la señora se lo diga... ó se
lo mande.

~~Se me olvido~~
vuerencia

Lucrecia

¡Oh! Esto ya es absurdo. Pides cosas ^{dificiles} ~~imposibles~~, enfadoras.
(Aparte alejándose de Senén) ¡Fue desgraciada soy, Dios mio!
¡Tener que soportar a este reptil, y oírle y olerle, solo porque
le temo!....

SENÉN, dando otro paso en seguimiento de la Condesa,
que se aleja.

Si la señora no quiere molestarse para que
yo salga de pobre, no he dicho nada... Se me ol-
vidaba manifestarle que el dinero estará segu-
ro, y el señor Marqués cobrará intereses de la
Caja de Depósitos.

LUCRECIA, deseando concluir.

Está bien... Pero es dudoso que yo pueda ver
á Ricardo...

SENÉN, con seguridad.

Le verá mañana ~~imposiblemente~~.

LUCRECIA, con súbito interés, aproximándose á él, sin
temor á la fragancia heliotrópica.

¿Dónde?... ¿Qué dices?... ¿Dónde?

SENÉN

En Verola, á donde la señora va desde aquí.

LUCRECIA

¿Y cómo lo sabes?

SENÉN

Cuando lo digo, es porque lo sé... y lo pruebo.

LUCRECIA

¡Él también en Verola!... ¡Ah! lo sabes por
su ayuda de cámara, que es tu primo. ¿Estás
seguro?

SENÉN

Prométame la señora que si encuentra allí al
señor Marqués le pedirá la fianza. Con eso me
basta.

vuerencia

mejor mañana....

7
(23)

Venancio (~~saludando a mi esposa por el foro~~)

Aquí está ya.

Lucrecia (resignándose)

No hay ~~ningún~~ remedio, no hay salvación. (sacaudo fuerza de su flaqueza)
Que pase.... Aquí estoy..... No debo temerle, no, no. (Se sienta apa-
rentando calma. Aparece el conde en la puerta y se descubre. Pausa. Al
entrar Albit, retirase Venancio y cierra)

Escena ~~de la obra~~ VI
Lucrecia, el Conde.
El Conde.

Señora Condesa... (Se inclina respetuosamente. Saluda ella con fría reverencia.) Agradezco á usted que haya tenido la bondad de concederme esta entrevista, aunque para merecer yo favor tan grande haya tenido que venir á Jerusa. (Toma una silla, y se sienta cerca de ella.)

= la condesa)

LUCRECIA

Es obligación sagrada para mi acceder á su ruego... aquí ó en cualquier parte. Obligación digo: durante algún tiempo me ha llamado usted su hija.

EL CONDE

Pero ya no... Esos tiempos pasaron. Fué usted, como si dijéramos, una hija eventual... transitoria, una hija de paso...

LUCRECIA, esforzándose en sonreír para engañar su miedo.

Y á las hijas de paso... cañazo.

EL CONDE

Extranjera por la nacionalidad, y más aún por los sentimientos, jamás se identificó usted con mi familia, ni con el carácter español. Con-

tra mi voluntad, mi ado-

rado Rafael eligió por esposa á la hija de un Irlandés es-
tallecido en los Estados Unidos, el cual vino aquí á negocios
de petróleo... (Suspirando) ¡ Funestísima ha sido para mí la
América!... Pues bien: como todo el mundo sabe, me opuse
al matrimonio del Conde de Lain: luché con su obstinación
y ceguera... fui vencido. Me han dado la razón el tiempo y

usted; usted, si, haciendo infeliz a mi hijo y acelerando su muerte.

Lucrecia (airada, y todavía medrosa)

Señor Conde... eso no es verdad.

El Conde (friamente autoritario)

Señora Condesa, es verdad lo que digo. Mi pobre hijo ha muerto de histeria, de dolor, de vergüenza.

Lucrecia (sacando fuerzas de flaqueza)

No puedo tolerar...

El Conde

Calma, calma. No se acalore usted tan pronto... cuando apenas he comenzado.

Lucrecia

Es monstruoso que se me pida una entrevista para mortificarme, para ultrajarme. (Afiijida) Señor Conde, usted nunca me ha querido.

El Conde.

Nunca.... ¿a ve usted si soy sincero. Mi penetración, mi conocimiento del mundo no me engañaban.

Stamp: 1880 31 62 111 20 18 1880 31 62 111 20 18

Stamp: 1880 31 62 111 20 18 1880 31 62 111 20 18

Señor, haciéndome el misterioso

A mí no... En Madrid, un amigo mío
que vivió en Valencia con el Sr. Conde,
me dijo que este, desde la muerte
de su hijo (Dios le tenga en gloria)
no vive más que para un fin: re-
volver lo pasado, los derechos del pasado....

LUCRECIA, angustiada, pasándose la mano por los ojos y la frente.

Si, si... Le suplico la brevedad... Lo que se propone decirme, dígalo pronto, pronto...

EL CONDE

Es un poquito largo... (Le señala el asiento.) ¿Á qué tanta prisa? ¡Cuánto mejor está usted aquí conmigo, oyendo las terribles verdades que salen de mi boca, que entre gentes adulatoras y embusteras, que públicamente la festejan, y en

privado la denigran. Sin

— tese usted. Después de oír tantos embustes y lisonjas, no le
— viene mal oír la voz de la justicia, de la verdad... y oírla con
— paciencia cristiana.

Lucrecia

— ¡Paciencia! ¡Ya ve usted que la tengo aunque no sea
— tanta como su malicia. Pero no hay que abusar, señor mío;
— no vea usted cobardía en lo que es respeto a' la ancianidad,
— a' los lazos que nos unen y que usted no puede desconocer, a'
— sus terribles infortunios....

El Conde (con gran abatimiento)

Si, si: soy muy desgraciado.

Lucrecia (evalutándose al ver desmayar a su marido)

— Pero usted señor D. Rodrigo no aprende nunca. Las
— desgracias, que son lecciones y avisos

de la Providencia, doman al más soberbio, y suavizan al más atrabiliario. Esta ley sin duda, no reza tra mi voluntad, mi adorado Rafa que la pérdida esposa á la hija de un irlandés establecido en desengaño de los Estados. Unos, el cual vino aquí á buscar negocios de petróleo... (suspirando.) ¡Funestido sido para mí la América!... Pues bien: con todo el mundo sabe, me opuse al matrimonio del Conde de Lain; luché con su obstinación y ceguera... fui vencido. Me han dado la razón el tiempo y usted; usted, si, haciendo infeliz á mi hijo, y acelerando su muerte.

¿Qué quiere y fiero he de

LUCRECIA, i
Es usted, vocaciones, llo en que pú creer que el reconocerle l gayos, y se e discurrendo millones que Pero la realidad cansancio inú do sobre quie vuelve contra la maldice.

LUCRECIA, airada, y todavía medrosa.

Señor Conde... eso no es verdad.

EL CONDE, friamente autoritario.

Señora Condesa, es verdad lo que digo. Mi pobre hijo ha muerto de tristeza, de dolor, de vergüenza.

LUCRECIA, sacando fuerzas de flaqueza.

No puedo tolerar...

una pobre mujer, y la injuria y

EL CONDE

Si al regresar de aquella excursión que consumó mi ruina hubiera yo encontrado á mi hijo vivo, su cariño me habría hecho olvidar mi triste situación. Pero la muerte de Rafael, acaecida hace cuatro meses, avivó en mi la irascibilidad, despecho si usted quiere, el sabor amargo que en mi alma dejaron las desdichas... y avivó también el odio á la persona que creo responsable de la infelicidad y de la muerte de aquel hombre tan bueno y leal.

LUCRECIA, altanera.

¡Responsable yo de su muerte! Eso es una infamia, señor Conde.

EL CONDE, con gran entereza.

Mi hijo ha muerto... del abatimiento, del borchorno á que le llevaron los escándalos de su esposa. Eso lo sabe todo el mundo.

LUCRECIA, airada, levantándose.

Mire usted lo que dice. Se hace usted eco de viles calumnias. Tengo enemigos.

EL CONDE

Más que los enemigos, difaman á Lucrecia Richmond... sus amigos.

LUCRECIA, desconcertada.

Repito que es calumnia.

EL CONDE, levantándose también.

Ahora lo veremos... (Con cierta dulzura.) Lucrecia... aún podría suceder que yo me equivocara, que fuese usted mejor de lo que supongo... Este error mio lo confirmaría usted, dándome con ello una dura lección, si tuviera el arranque de confesarme la verdad...

LUCRECIA, aturdida.

¿La verdad?...

El Conde

Si... sobre un punto delicadísimo sobre el cual la interrogaré.

Lucrecia (~~con ira~~)

¿Cuándo?

El Conde.

Ahora mismo... si, y contestándome sin pérdida de tiempo, me proporcionará el placer infalible de perdonarla. Era V. que al fin de mi vida, que brantado, triste, moribundo casi, el perdonar es gran consuelo para mi.

Lucrecia (con terror)

¡Interrogarme!; Soy acaso criminal?

altanera



El Conde.

Si.

Lucrecia *(luchando con su conciencia que a tribula manifiesta)*

Todos somos imperfectos... No me tengo por impecable...

¿Pero ¿V... quien le ha hecho confesor... y juez?

El Conde

Me hago yo mismo... Fuiero y debo serlo, como jefe de la familia de Albit, y guardador de su ~~decent.~~ honra.

Lucrecia *(con pánico, queriendo huir)*

Esto es insoportable... No puedo más.....

EL CONDE, deteniéndola por un brazo.
No, no. No puede usted negarse á responderme... al menos para demostrarme que no tengo razón, si en efecto no la tuviera y usted pudiese probarlo. Lo que voy á preguntar es grave, y el acto de preguntarlo yo, de contestarme usted, ha de revestir cierta solemnidad. Ahora no soy yo quien habla: es el marido de la que me escucha, es mi hijo, que resucita en mí... (Pausa.) Siéntese usted. (La lleva al sillón.)
LUCRECIA, cayendo desfallecida en el sillón.
Por piedad, señor... Me está usted martirizando.
EL CONDE
Perdóneme usted... Es preciso... Hay que sufrir algo, Lucrecia. No todo ha de ser gozar y divertirse. (Pausa. La Condesa, ansiosa, no se atreve á mirarle.) Al llegar á Cádiz de mi frustrado viaje, entregáronme una carta de Rafael, en la cual me manifestaba su dolor, su amargura hondísima. La vida había perdido para él todo interés. Hallábase enfermo, y en su desesperación no anhelaba curarse. Le consumía el desaliento, la pérdida de toda ilusión, la vergüenza de ver ultrajado su nombre...
LUCRECIA, revolviéndose.
¡Señor Conde, por Dios...!
EL CONDE
Mi hijo vivía separado de su esposa desde el año anterior.

Lucrecia

¿Y quien asegura que fué por culpa mia?

El Conde.

To lo aseguro: por culpa de usted.

Lucrecia

No es cierto

El Conde

No me desmienta usted. Calle ahora y escuche. (Cortando el tino narrativo) Rafael no me decía nada concreto. Se presentaba solo ~~las causas~~ tan sólo el estado de su espíritu, sin exponer las causas.)

Lucrecia (con angustia de muerte)

¡Fue suplicio, Dios mío!

El Conde

¡Suplicio! No se acuerda V. del de su esposo, fugitivo, solo, muriendo de melancolía, y sin que ningún cariño le consolara... porque yo estaba ausente, y usted que no le amaba no hacía más que rehusar pretextos para apartarse de su lado... Claro que al recibir la carta, me saltó tiempo para correr al lado de Rafael. Tome' el tren y sin parar en ninguna parte, me fui a Valencia....

LUCRECIA

¡Ay de mí!

EL CONDE, con voz lúgubre.

Dos horas antes de llegar yo, mi adorado hijo había muerto. Agravóse su enfermedad en aquellos días. El no hacía caso... Un tremendo acceso de disnea, el espasmo... la muerte. Todo en unas cuantas horas... (Llora. Pausa.) Murió en el cuarto de una fonda... vestido sobre la cama... mal asistido de gente mercenaria... ¡Jesús... qué dolor...!

LUCRECIA, muy conmovida, sollozando.

¡Oh! Señor Conde, aunque usted no lo crea, yo le amaba...

EL CONDE, iracundo, limpiándose las lágrimas.

¡Mentira! Si le amaba usted, ¿por qué no corrió a su lado al saber que estaba enfermo?

LUCRECIA, sin saber qué decir.

Porque... no sé... Complicaciones de la vida que no puedo explicar en breves palabras. Yo...



EL CONDE

Déjeme concluir... Fácilmente comprenderá mi desesperación al encontrarle muerto. ¡No escuchar de sus labios explicaciones que sólo él podría darme! Terrible cosa era perderle; pero más terrible aún verle yerto, frío, mudo para siempre, como le vi yo... y no poder consolarle, no poder decirle: «cuéntame tus marti-

rios, y tu padre te contará los suyos.» (Cruza las manos, sollozando.) ¡Oh, pena inmensa, agonía lenta de mi vejez, más espantosa que cuantos males en todo tiempo sufrí! Verle cadáver, hablarle sin obtener respuesta, sin que á mis caricias respondiese con un gesto, con una mirada, con una voz. ¡Y sabiendo yo el infinito dolor que amargó sus últimos días, ver que todo se lo llevaba, todo, al abismo del silencio, la muerte, sin darme una parte, un poco del dolor suyo, que era su alma!... (La Condesa, agitada y poseída de profunda emoción, llora, apretándose el pañuelo contra los ojos.) ¡Horrible, pavoroso!... Usted no tiene corazón y no sabe lo que es esto. (La ve llorar. Pausa.) ¡Que hermoso sería que en este instante pudiéramos llorar usted y yo por aquel sér querido!... (La Condesa da algunos pasos hacia él; están á punto de abrazarse... vacilan... El Conde la rechaza secamente.) No... Tú, no... usted, no.

LUCRECIA

Sinceras son mis lágrimas.

EL CONDE

Naturalmente... Viendo mi pena... No es usted de bronce, no es usted una fiera... Pero no, no sostenga que amaba á su esposo; al hombre que se ama no se le engaña solapadamente, pisoteando su honra, y arrojando al escándalo y á la befa del público su nombre sin tacha. (La Condesa inclina la cabeza, y fijos los ojos en el suelo, no dice nada.) Al fin calla usted. Ahora, ahora veo á la desdichada Lucrecia en el único terreno en que debe ponerse, que es el de la resignación sumisa, esperando un fallo de justicia. (Pausa.)

¿Declara usted que su conducta con mi hijo, al menos en determinadas épocas de su vida, no fué buena?

LUCRECIA, timidamente.

Lo declaro... Pero algo debo decir en descargo mio...

EL CONDE

Ya escucho.

LUCRECIA

Mis desavenencias con Rafael son antiguas.

El Conde.

Datan del segundo ó tercer año de matrimonio. Transcurrido el primer año, nació el primogénito á quien pusieron mi nombre. Murio de tres ó cuatro meses.

Lucrecia

Es cierto.

El Conde.

Pasado algún tiempo, que no puedo precisar, pues esto ocurrió en los tristes años de mi residencia en América, ~~ahora~~, empezó la Condesa de Lain a lanzarse por mal camino.

LUCRECIA, cohibida, abrumada, queriendo y no queriendo decirlo.

Acusada con tanta fiereza, no acierto á buscar razones, que algunas hay siempre en estos casos, para disculparme.

EL CONDE

Búsquelas usted... ~~pero antes, reconozca sus faltas?~~

LUCRECIA, con gran esfuerzo.

Las reconozco. Sería una hipocresía indigna de mí negarlas en absoluto. Pero...

EL CONDE

¿Pero qué...?

LUCRECIA X

Digo que Rafael, llevándome desde el principio, contra mi gusto, á la esfera social más favorable á la relajación del vínculo matrimonial, contribuyó á perderme. Me vi rodeada de gente frívola, de aduladores, de personas sin conciencia...

EL CONDE

¡Sin conciencia! Tuviérala usted, ¿y qué le importaban los demás?

LUCRECIA, premiosa.

En aquel ambiente no supe ó no pude combatir el mal. A mi lado no tenía un censor severo de mi propia debilidad, un guardián vigilante...

EL CONDE

Difícil es guardar á la que guardarse no quiere.

LUCRECIA, batiéndose desesperadamente.

¡Oh, señor Conde: si hubiera usted encontrado vivo á su hijo, si hubiera podido escuchar de sus labios la confidencia ó confesión que deseaba... estoy segura de ello, Rafael, que era sincero y justo, habría tenido la generosidad, la rectitud de decirle: «no sólo es ella culpable; yo también...!»

EL CONDE

~~No lo habría dicho yo...~~ ¿Qué?

LUCRECIA, con firmeza.

Creo, como ésta es luz, que Rafael, al juzgarme, no habría sido extremadamente duro.

EL CONDE

Fué, más que duro, implacable.

LUCRECIA

¿En sus últimos momentos?

EL CONDE

En sus últimos momentos: fijese usted en lo que afirmo.

LUCRECIA, con estupor.

Pero si acaba usted de decirme...

Ya escucho.....

X rebuscaud rirona-
mentos.

aquí =

EL CONDE

Que le encontré muerto... sí.

LUCRECIA

Entonces... (Pausa. Ambos se miran.)

EL CONDE

Los muertos hablan.

LUCRECIA, con terror.

¡Y Rafael...! (Vacilante entre la incredulidad y un miedo supersticioso.)

EL CONDE

Desesperado, loco, permanecí... no sé cuántas horas... ante el cadáver de mi pobre hijo,

sin darme cuenta de nada que no fuera él y el misterio inmenso de la muerte. Pasado algún tiempo, empecé á fijar mi atención en lo que me rodeaba, en sus ropas, en los objetos que le pertenecieron, en los muebles que había usado, en la estancia... (Pausa. La Condesa le escucha con ansiosa expectación.) En la estancia había una mesa con varios libros y papeles, y entre ellos una carta...

LUCRECIA, temblando.

¡Una carta...!

EL CONDE

Sí. Rafael estaba escribiéndola á las tres de la madrugada, cuando se sintió mal. Vino bruscamente la muerte, le atacó con furia, ¡ay!... El infeliz llamó; acudieron... Se le prestaron los auxilios más perentorios... Todo inútil... La carta allí quedó medio escrita... Allí estaba ¡hablando... y viva! hablando... ¡era él!... La leí sin cogerla, sin tocarla, inclinado sobre la mesa, como me habría inclinado sobre su lecho si le hubiera encontrado vivo... La carta dice...

LUCRECIA, casi sin aliento, la boca seca.

¿Era para mí?

EL CONDE

Sí.

LUCRECIA

Démela usted. (El Conde deniega con la cabeza.)
¿Pues cómo he de enterarme...?

EL CONDE

Basta que yo repita su contenido. La sé de memoria.

LUCRECIA

No basta... Si me acusa, necesito leerla, reconocer su letra...

EL CONDE

No es preciso. Yo no miento. Bien lo sabe usted... Principia con un párrafo de amargas quejas que pintan la discordia matrimonial, lo inconciliable de los caracteres. Siguen estos gravísimos conceptos (repetiéndolos palabra por palabra): «Te anuncio que si no me envías pronto á mi hija, la reclamaré. Quiero tenerla á mi lado. La otra... la que, según declaración tuya en la desdichada carta que escribiste á Eraul, y que pusieron en mi mano sus enemigos... no es hija mía... te la dejo, te la entrego, te la arrojo á la cara... (Pausa silenciosa.)

LUCRECIA, con estupor, que casi es embrutecimiento.

¿Eso decía... eso dice...?

¿Era para mí?

EL CONDE

Sí.

LUCRECIA

Démela usted. (El Conde deniega con la cabeza.)
¿Pues cómo he de enterarme...?

EL CONDE

¿Duda usted de lo que digo...?

LUCRECIA

No lo dudo... no sé... Pero la carta puede ser falsa. La escribiría algún enemigo mío para vilipendiarme.

EL CONDE, con ademán de sacar la carta.

La escribió mi hijo.

LUCRECIA, espantada.

No, no quiero verla... ¡Qué abominación!

EL CONDE

Luego, usted niega...

LUCRECIA, maquinalmente.

Lo niego.

EL CONDE

Y yo ¡pecio de mí! esperaba encontrar en usted la suficiente grandeza de alma para revelarme toda la verdad, sin ocultar nada, única manera de obtener el perdón. Llevado de este noble anhelo, solicité la entrevista, y aspiraba y aspiro á que la infeliz Lucrecia complete su revelación diciéndome...

LUCRECIA, en el colmo del terror.

¿Qué... qué más...?

EL CONDE, con austera frialdad.

Diciéndome... cuál de sus dos hijas es la que usurpa mi nombre, la que simboliza y personifica mi deshonor.

LUCRECIA

¡Infame idea!... No, no es verdad.

EL CONDE, repitiendo las graves palabras.

«Ya sabes que lo sé... No puedes negármelo.»

LUCRECIA, decidida á la negativa, y negando con ahinco.

Lo niego... Es falso...

EL CONDE

¿Niega usted que hizo... á Carlos Eraul, pintor, muerto hace un año... la grave revelación que ahora le pido?

LUCRECIA, vivamente, sin poder contenerse.

¿La tiene usted?

EL CONDE

Luego existe...

LUCRECIA, volviendo sobre sí.

Quiero decir que si la tiene usted, si posee algún papel que me comprometa, será falso... habrán imitado mi letra.

EL CONDE

Como no puedo mentir, diré que no poseo ese precioso documento. Lo he buscado inútilmente entre los papeles de mi hijo.

ej

14
(33)

LUCRECIA, respirando.

Todo esto es una farsa, una impostura, de la cual no culpo á nadie... sólo acuso á mi destino.

EL CONDE

Ya que no satisface usted mi anhelo de la verdad, contésteme al menos á esta otra pregunta: ¿Ama usted lo mismo á las dos niñas?...

LUCRECIA, rabiosa, paseándose muy agitada.

No, lo mismo no... digo, sí... á las dos igual... Deseche usted esa torpe idea.

EL CONDE

Antes hará usted del día noche y de la noche día, que conseguir arrancarme de la mente la idea de que lo escrito por mi hijo es la pura verdad. (Con autoridad severa.) Dígame usted pronto, pronto, cuál de esas dos adorables niñas es la falsa... ó cuál la verdadera: es lo mismo. Necesito saberlo, tengo derecho á saberlo, como jefe de la casa de Albrit, en la cual jamás hubo hijos espúreos, traídos por el vicio. Esta casa histórica, grande en su pasado, madre de reyes y príncipes en su origen, fecunda después en magnates y guerreros, en santas mujeres, ha mantenido incólume el honor de su nombre. Sin tacha lo he conservado yo en mi esplendor y en mi miseria... No puedo impedir hoy, ¡triste de mí! este caso vergonzoso de bastardía legal; no puedo impedir que la ley transmita mi nombre á mis dos herederas, esas niñas inocentes. Pero quiero hacer en favor de la au-

téntica, de la que es mi sangre, una exclusiva transmisión moral. Esa será la verdadera sucesora, esa será mi honor y mi alcuernia en la posteridad... La otra, no. Falsa rama de Albrit, la repudio, la maldigo... maldigo su extracción villana y su existencia usurpadora.

LUCRECIA

Por piedad... No puedo más. (Cae en el sillón consternada, sollozando. Pausa larga.)

EL CONDE

Lucrecia, ¿reconoce usted al fin la razón que me asiste?... Lloro usted... (Creyendo que los procedimientos de suavidad serán más eficaces.) Sin duda expongo mis quejas con demasiada severidad; sin duda interrogo con altanería... No puedo vencer la fiereza de mi carácter. Perdóneme usted. (Con dulzura.) Ahora no mando... no acuso... no soy el juez... soy el amigo... el padre, y como tal suplico á usted que me saque de esta horrible duda. (La Condesa calla, mordiendo su pañuelo.) Valor... Una palabra me basta... Después de oírla no he de decir nada desagradable... La verdad, Lucrecia, la verdad es lo que salva.

LUCRECIA, que después de horrible lucha, se levanta bruscamente, y desesperada y como loca recorre la estancia.

¡Oh, no puedo más!... ¡Un balcón abierto para arrojarme!.. Huir, volar, esconderme... Este hombre me mata... ¡Favor!

EL CONDE

Bueno, bueno... Veo que no quiere usted entrar en razón... ¿No me contesta?...

LUCRECIA, con fiereza, con resolución inquebrantable, parándose ante él.

¡Nunca!

EL CONDE

¿De veras?

LUCRECIA, con más energía.

¡Nunca!... ¡Antes morir!

EL CONDE

Bien. (Se sienta, calmoso.) Pues lo que usted no quiere decirme, yo lo averiguaré.

LUCRECIA

¿Cómo?

EL CONDE

¡Ah!... yo me entiendo.

LUCRECIA

Está usted loco... Su demencia me inspira compasión.

EL CONDE

La de usted, á mí no me inspira lástima. No se compadece á los seres corrompidos, encenagados en el mal.

LUCRECIA, iracunda.

Continúa injuriándome, ¡á mí, á la viuda de su hijo!

EL CONDE, levantándose altanero.

La que me habla no es la viuda de mi hijo, pues aunque la ley, una ley imperfecta, así lo

dispone, por encima de esa ley está la autoridad moral del jefe de la familia de Albrit, que la coge á usted, y la arranca, como cosa extraña y pegadiza, y la arroja á la podredumbre en que quiere vivir.

LUCRECIA, furiosa, descompuesta.

¡Albrit!... raza de locos... caballería burlesca... honor de bambolla para encubrir la mendacidad. ¡Qué sería del viejo león si yo no le amparase! Soy generosa, le perdono sus injurias, y cuidaré de que no muera en un hospital, ó arrastrando su melena gloriosa por los caminos.

EL CONDE, con supremo desdén.

Lucrecia Richmond, quizás Dios te perdone. Yo... también te perdonaría... si pudieran ir juntos el perdón y el desprecio.

LUCRECIA, dirigiéndose á la puerta.

Basta ya. (A las niñas, que entreabren la puerta, sin atreverse á entrar.) Podéis pasar.

ESCENA VI

NELL y DOLLY, que corren á abrazar á su madre; tras ellas GREGORIA y VENANCIO. Poco después EL CURA y EL MEDICO.

LUCRECIA

Prendas queridas, dadme mil besos. (Se besan.)

NELL, observándole el rostro.

Mamita, tú has llorado.

DOLLY

Estás sofocadísima...

LUCRECIA

El abuelo y yo hemos evocado recuerdos tristes.

NELL, mirando al Conde, que permanece sentado, inmóvil.

También el abuelito ha llorado. (Se acerca.)

EL CONDE

Venid... abrazadme... ¡Os quiero tanto!

(Las dos acuden á él, y le abrazan y besan, cada una por un lado.)

LUCRECIA, hablando aparte con Gregoria y Venancio.

Le atenderéis, le cuidaréis como á mí misma. Pero no dejéis de vigilarle siempre, siempre...

15
34
DOLLY, al Conde.

Esta tarde pasaremos.

EL CONDE

Si, si: no me separaré de vosotras... Charla-
remos, estudiaremos.

NELL

Nos enseñarás la Aritmética, la Historia...

EL CONDE

La Historia... No, esa vosotras me la ense-
ñaréis á mí. (Entran por el foro el Cura y el Médico;
ambos se dirigen á la Condesa.)

EL CURA

¿Qué tal? ¿Tenemos reconciliación?

LUCRECIA, en voz baja.

Calle usted... Encargo mucha vigilancia...
(Al Médico.) Y á usted, Sr. Angulo, no me can-
saré de recomendarle que le observe bien. (Dan-
do á entender que padece desvario mental.)

EL CURA

Señor Conde... (Le saluda y sigue á su lado. A bas-
tante distancia se agrupan la Condesa, el Médico, Grego-
ria y Venancio.)

EL MÉDICO

Descuide usted... Le observaremos...

LUCRECIA

Y á mi regreso dispondré...

EL MÉDICO

¿Pero insiste usted en dejarnos hoy?

LUCRECIA

Volveré pronto... (El Médico pasa á saludar al
Conde, y el Cura vuelve al lado de Lucrecia.)

EL CURA, en voz baja á la Condesa.

No se vaya usted.

LUCRECIA

Tengo que estar en Verola hoy mismo. Es
para mí... no sé cómo decirlo... cuestión de
vida ó muerte. Adiós.

NELL

Mamita, ¿te acompañamos á tu casa, ó nos
quedamos un rato con el abuelo?

LUCRECIA

Como queráis.

DOLLY

No, no: decidelo.

LUCRECIA

Lo que el abuelo disponga.

EL CONDE

Me parece natural que si vuestra mamá se
va esta tarde, estéis á su lado hasta la hora de
partir. (Besa á las niñas.) ¡Oh! no os veo bien, no
os distingo; me parecéis una sola...

EL MÉDICO

¿Qué? ¿La vista no anda bien?

EL CONDE. (Se levanta.)

Mal estamos hoy... Toda la mañana he no-
tado una obscuridad, una vaguedad en los ob-
jetos... (Mirando en derredor, con ojos que se esfuer-
zan en ver.) No veo nada... apenas distingo...
(Fijándose en la Condesa que, altaíera, le clava la mira-
da.) No veo bien más que á Lucrecia... á esa, si...

la veo... allí está... Mi ceguera creciente no me permite ver más que las cosas grandes... el mar, la inmensidad... y ella es grande... enorme... la veo... como el mar... Es otro mar, un mar de... de... de... (Su voz se extingue. Queda inmóvil y rígido. Profundo silencio. Todos se miran.)

Fin del Acto segundo.